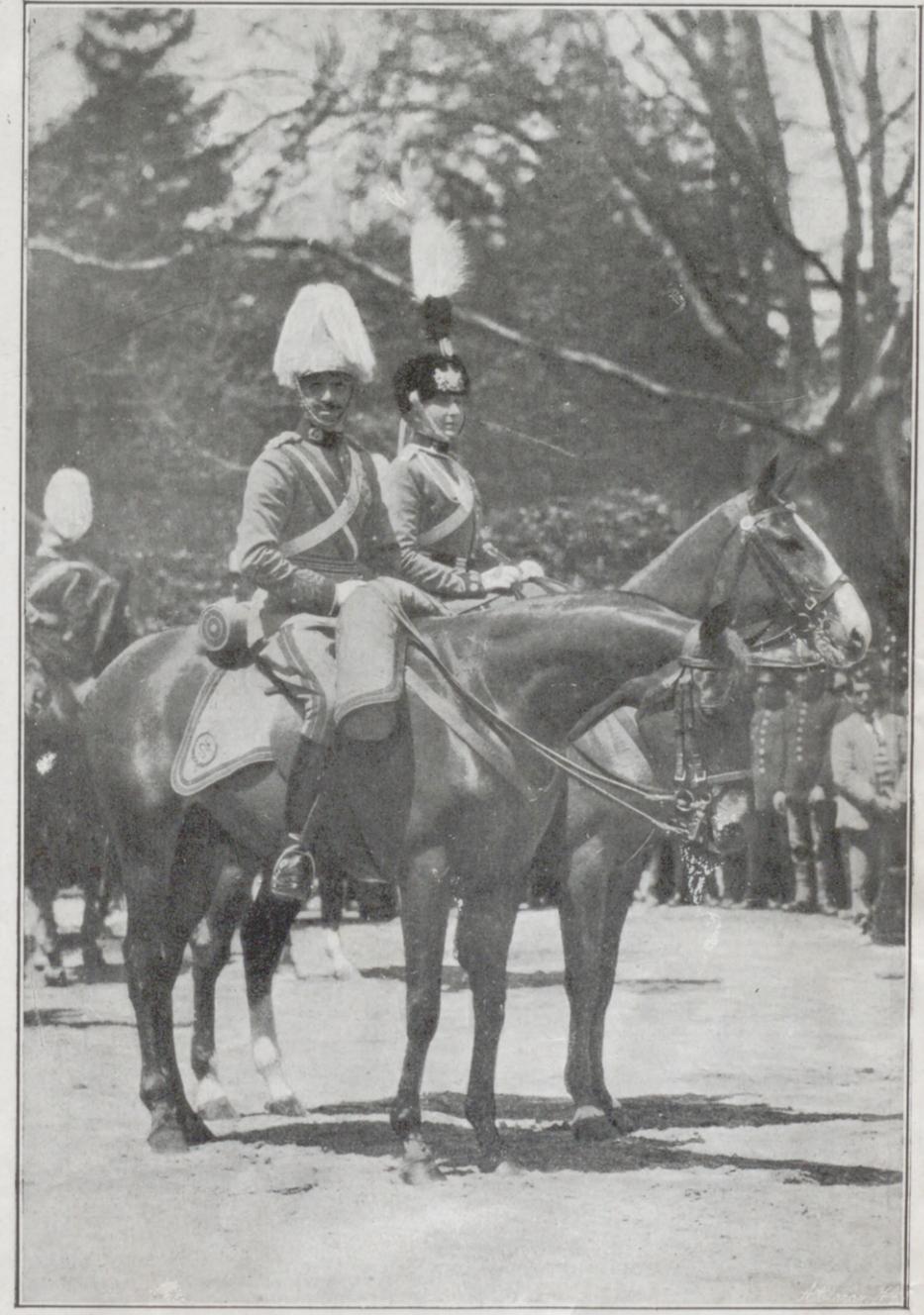


calibrite

colorchecker classic



G-4 235



VALLADOLID.—Los reyes de España en la grandiosa fiesta del Arma.

MEMORIAL
DE
CABALLERÍA

JUNIO DE 1921

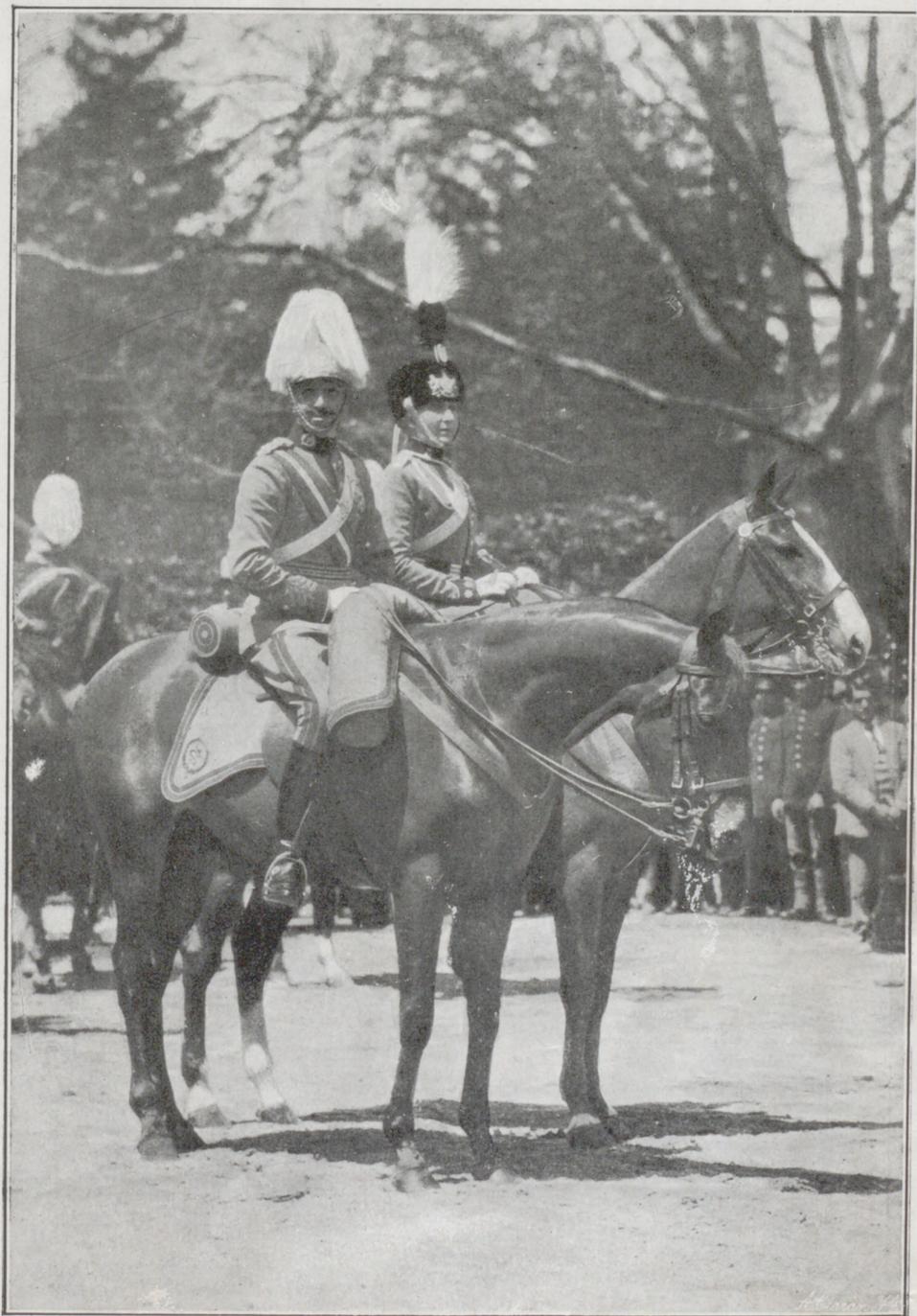


Año VI.

Núm. 60.

UNO

MADRID.—Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, núm. 20.



VALLADOLID.—Los reyes de España en la grandiosa fiesta del Arma.



S. M. la Reina Doña Victoria Eugenia, vistiendo el uniforme del regimiento que lleva su agosto nombre y de cuyo mando se posesionó el 5 de mayo último en Valladolid.

MEMORIAL DE CABALERÍA

Año VI.

Madrid, Junio de 1921.

Núm. 60.



La Reina de España

y el Arma de Caballería.



ANTE el esplendoroso homenaje tributado a nuestra Soberana en Valladolid, con ocasión de posesionarse del mando del regimiento de Cazadores de Victoria Eugenia, colocación de la primera piedra de la nueva Academia del Arma y entrega a ésta del Estandarte, séale permitido al MEMORIAL recoger el tesoro de ideas, sentimientos y predilecciones de los Jinetes españoles, y ofrendarlo, en haces luminosos, a la Augusta Esposa de Alfonso XIII, como definitivo rendimiento de inefable admiración, de fervoroso respeto y de inolvidable gratitud.

LA REDACCIÓN



LOS SOBERANOS Y EL ARMA DE CABALLERÍA

La gran fiesta militar de Valladolid.

OFICIALES de Caballería: levantaos; salud. El Arma de las oscuras hazañas, la de los no comprendidos sacrificios, la de los grandes ideales, la que, cual vara mágica, en manos de quien sepa utilizarla, puede, en un momento, hacer cambiar la faz de las batallas, ha grabado dos fechas inolvidables en el gran libro de su gloriosa historia: la del día 4 de mayo de 1921, en que SS. MM. colocaron la primera piedra del edificio que luego será «Academia de Caballería», y la del día 5 del mismo mes y año, en que la más bella de las reinas, la que da brillo a su corona con la belleza de su rostro y la hermosura de su alma cristiana y española, entrega al coronel D. Emilio Fernández Pérez, director de nuestra Academia, el nuevo estandarte que ella regala, para que las futuras generaciones de oficiales prometan a su Patria y ofrezcan a su Reina todas aquellas flores delicadas: lealtad, valor, disciplina y compañerismo, que son las virtudes genuinas y características de la Caballería española; y, deseando todavía honrar mas al Arma, descendiendo del pedestal desde donde irradia sus fulgores y toma el mando

del regimiento de Victoria Eugenia, testimoniando así a toda nuestra Patria su cariño, ya que en este día y en este momento nuestra Arma es un símbolo, símbolo de luz y de energía, de valor y de abnegación, que representa a España.

* * *

Voy a tratar de que mi torpe pluma os describa fielmente lo sucedido, aunque sería necesario el pincel del más sublime artista para dar vida ficticia, a lo que la tiene real, para representar en colores, pálidos siempre, lo que, con sus vivos destellos, nos ha deslumbrado, y consigue que nuestras lágrimas, en ofrenda sacrosanta, desciendan de nuestros ojos hacia nuestros corazones.

Y antes de comenzar, permitidme, Señor, permitidme, Señora, que eleve hasta las gradas de vuestro Trono el respetuoso saludo que el Arma de Caballería os dirige, y dejad que hasta vuestras almas llegue la expresión de nuestros sentimientos, que, unidos todos en una absoluta comunidad de ideas, os ofrecen amor, vida, glorias.

* * *

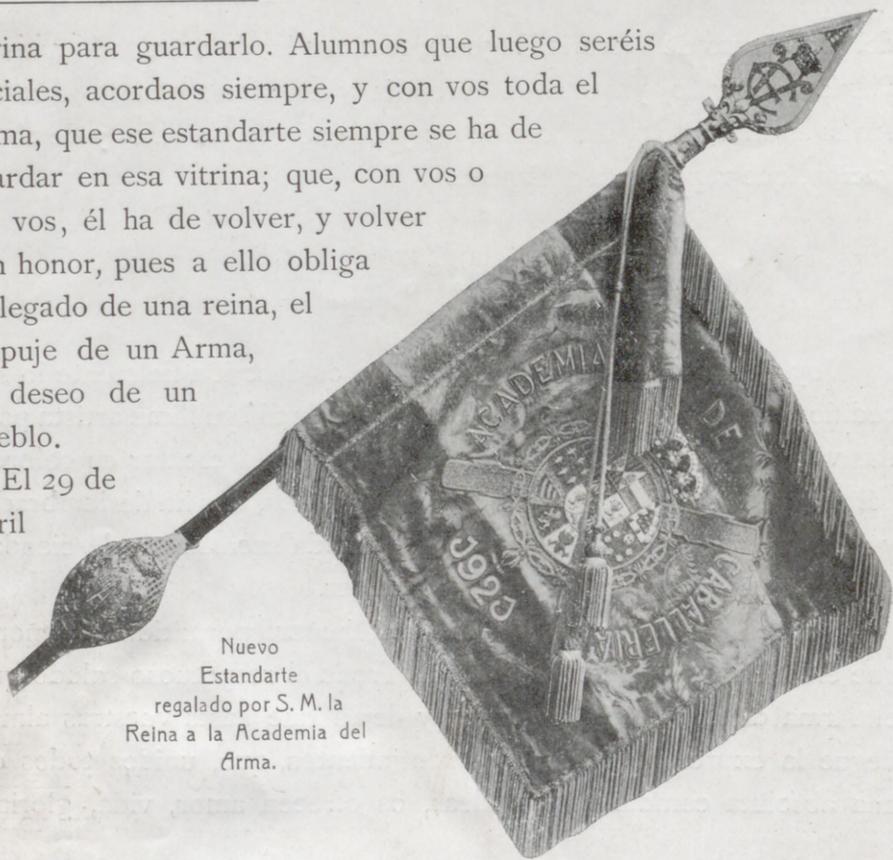
El nuevo estandarte, iniciador y guía de los futuros oficiales, es regalado por S. M. la Reina doña Victoria Eugenia, coronel honorario de Caballería, a la Academia del Arma; la moharra y el guardamanos han sido donados por las madres, esposas, hijas y hermanas de los generales, jefes y oficiales de Caballería, y la vitrina es ofrecida por la ciudad de Valladolid.

Una reina entrega al Arma un estandarte; las familias de los oficiales colocan en lo alto de su asta la moharra que siempre ha de mirar al cielo, y, bajo la seda de aquél, el guardamanos con las iniciales A. C., para indicarnos que si flaqueamos alguna vez ellas nos ayudarán; Valladolid, que cobijó a la Caballería española, entrega la

vitrina para guardarlo. Alumnos que luego seréis oficiales, acordaos siempre, y con vos toda el Arma, que ese estandarte siempre se ha de guardar en esa vitrina; que, con vos o sin vos, él ha de volver, y volver con honor, pues a ello obliga el legado de una reina, el empuje de un Arma, el deseo de un pueblo.

El 29 de
abril

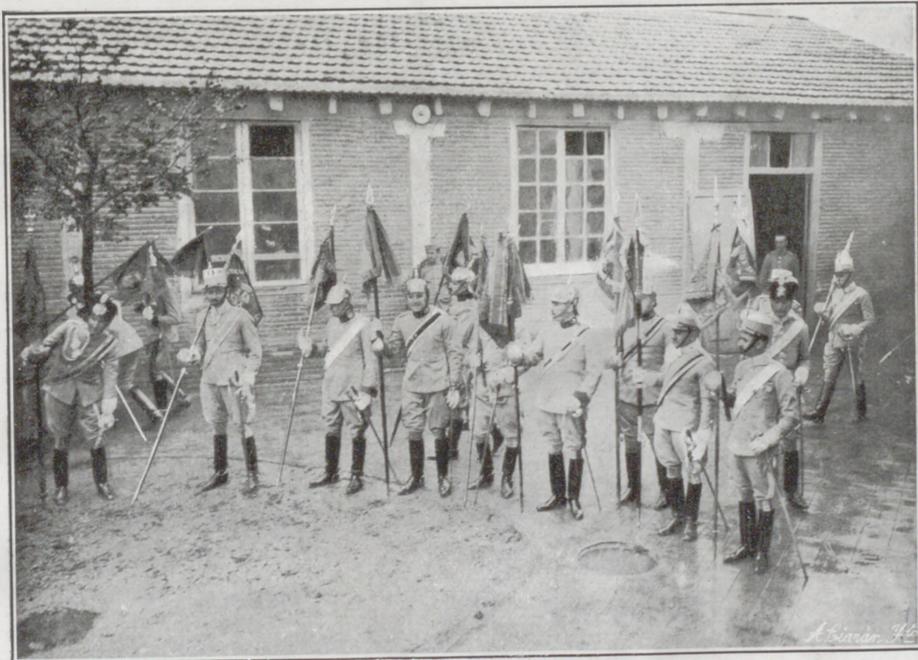
Nuevo
Estandarte
regalado por S. M. la
Reina a la Academia del
Arma.



llegaron de Madrid cuatro aviones tripulados por pilotos y observadores, oficiales de Caballería, que quieren contribuir con los fantásticos vuelos de los maravillosos pájaros al esplendor de las fiestas; el 30 llega otro aeroplano; aterrizan en el campo de San Isidro, donde les dan la bienvenida los Excmos. Sres. Capitán General de la Región y General Gobernador, y, en representación del Arma, el escuadrón de alumnos y el regimiento de Farnesio, a caballo, los cuales saludan a los intrépidos compañeros que han de complementar nuestra misión, nunca destruírla ni anularla.

En los días del 1 al 3 de mayo llegan los 27 estandartes de los regimientos de Caballería con las Comisiones que los representan y son depositados en la Academia hasta que, con toda solemnidad, se les traslade al Ayuntamiento. Llegan también los generales, las Comi-

siones de jefes y oficiales, y hete aquí a Valladolid, cuna de Castilla y de la Caballería española, convertida, por ensalmo, en inmenso cuartel, donde la variedad armoniosa y colorida de los uniformes y los distintos gracejos de las hablas españolas nos indican que España entera, con todas sus riquísimas regiones, está representada en este acto: Andalucía envía su alegría; Murcia y Valencia, sus flores; Aragón y Navarra, su acerado temple; Cataluña y Vasconia, sus rique-



Los estandartes de los regimientos del Arma en la Academia.

zas; Galicia y Asturias, sus dulcísimas melodías; León, su bravura; Extremadura, su hidalguía, y ambas Castillas, su lealtad immaculada. España se concentra en Castilla, Castilla se reúne en Valladolid, que se viste de gala y se entrega por completo al Arma de Caballería, para que ésta después, al disgregarse y repartirse por nuestra Patria toda, lleve hasta los más apartados rincones la buena *dicha* de la buena *nueva*: «La Caballería española ha pulsado a la Nación y ha

sentido las corrientes de vital energía que por sus venas circulan; España vive y vivirá eternamente, pues sus Reyes saben inyectar savia nueva en ancianas instituciones para que no se agoten y destruyan por la sola acción del tiempo.

*
* *

Amanece el día 4 cerrado en temporal; pero no temáis, el tiempo no puede deslucir la sin par fiesta del Arma: yo creo firmemente que después de esta lluvia, que tanto beneficia a Castilla, y que ha sido traída por nuestros estandartes, siguiendo la marcha inexorable de los designios de la Providencia, aparecerá el sol brillante de nuestra Patria, que semejará corona de oro y rubís en el límpido azul del cielo español; no temáis, no; allá en las alturas intercederán por nosotros y por nuestra hermosa fiesta los que aquí se honraron y nos honraron con sus desvelos y trabajos, con sus fatigas y sacrificios, con sus glorias y laureles, y Dios, la Bondad Suma, la Divina Belleza, no puede dejar de oír los ruegos de aquellos mártires del honor que abogan por la gran belleza y la gran bondad de la gran fiesta.

Con fuertísimo aguacero forman en el patio de la Academia los generales de las divisiones y brigadas de Caballería, los coroneles, ayudantes y portas de sus regimientos, y, cuando al son de los guerreros clarines y con los honores que les riñe el escuadrón de alumnos, formado pie a tierra, comienzan a salir los estandartes, cesa la lluvia como por encanto, temiendo, sin duda, mojar con sus gotas aquellos benditos pedazos de nuestra Patria que, en su inolvidable desfile, hacen pasar ante nuestros asombrados ojos un curso completo de historia militar y particular.

Abre la marcha la escuadra de batidores del regimiento Lanceiros de Farnesio; sigue el General de la 1.^a división de Caballería y una banda de trompetas (formada por los de los regimientos que residen con la plana mayor de la división); después, el General de la

1.^a brigada y los estandartes de la Reina y del Príncipe, que, con su perenne vida, nos demuestran la inmutabilidad de nuestras instituciones, y el de Villarrobledo que se une a los anteriores para probar que si en memorable batalla supo ganar su nombre, en muchas otras sabrá luchar y vencer para sostener, en sus puestos, a la Reina y al



Las Comisiones montadas de los regimientos, con sus estandartes, en la Academia.

Príncipe; continúa el General de la 2.^a brigada y los estandartes de Pavía, Princesa y María Cristina, que, desde Carlos V a la actualidad, nos manifiestan que en la historia de nuestra España aparecen siempre los grandes nombres junto a los grandes acontecimientos, llámense Antonio de Leyva, María Luisa o María Cristina, pues si bien es verdad que esta gran Reina pertenece a la historia contemporánea, no es menos cierto que la venidera le dedicará el tributo a que, por sus virtudes, su abnegación y sacrificios y por su amor a España, tiene derecho; sigue el General de la 3.^a brigada y los estandartes de Sagunto, la ciudad netamente española y digno ejemplo, que, desde la más remota antigüedad, perdurará a través de los espacios y de los tiempos, para mostrar al mundo que lo que España quiere, sus hijos

lo quieren, los cielos y la tierra lo quieren también, y que es en vano oponerse a lo que de tan firme y tenaz manera se desea; el de Villaviciosa, que nos muestra un rayo de sol en época de tristes nublados, y el de Alfonso XII que, además de conmemorar al *Pacificador*, gana para nuestra Arma, en los campos marroquíes, el nombre de un regimiento más.

Comienza el desfile de la 2.^a división con su General y banda



Traslado de los estandartes del Arma al Palacio Municipal, donde fueron solemnemente depositados.

de trompetas; síguele el de la 1.^a brigada y los estandartes de Santiago y Montesa, que nos llevan a la grandiosa época de la Reconquista, y el de Numancia, cuyo *Ave Fénix*, símbolo de la inmortalidad, es el verdadero timbre que España y su Caballería pueden ostentar en todos los instantes de su vida; a la zaga va el General de la 2.^a brigada con los estandartes de Lusitania, que, con su emblema, nos muestra que la muerte, el sacrificio, es la gloria de la Caballería española, y el de Tetuán, que, desde hace tiempo, va gritando al mundo que esa plaza africana pertenece a España por

derecho propio; no les acompaña el de Victoria Eugenia, pues mañana tiene que formar con su escuadrón. Luego marcha el General de la 3.^a brigada y los estandartes del Rey, cuyo lema, «No hay que temer, a la sombra de los Estandartes Reales», es un tratado completo de fidelidad, de lealtad y de amor; arrancando de los ensangrentados campos españoles (tiempos que pasaron, que se olvidaron, y que no deben ni pueden volver) el nombre del de Treviño, que marcha con él, así como el de Castillejos, que da fe de lo que un general de alma española supo hacer, y de que nuestros soldados son capaces de bajar a los profundos abismos si delante, y guiándoles, marcha, desplegada a todo viento, nuestra gloriosa enseña, la de los famosos colores rojo y gualda, aquella que supo encontrar un Mundo para dárselo en ofrenda espiritual a Dios y a la civilización.

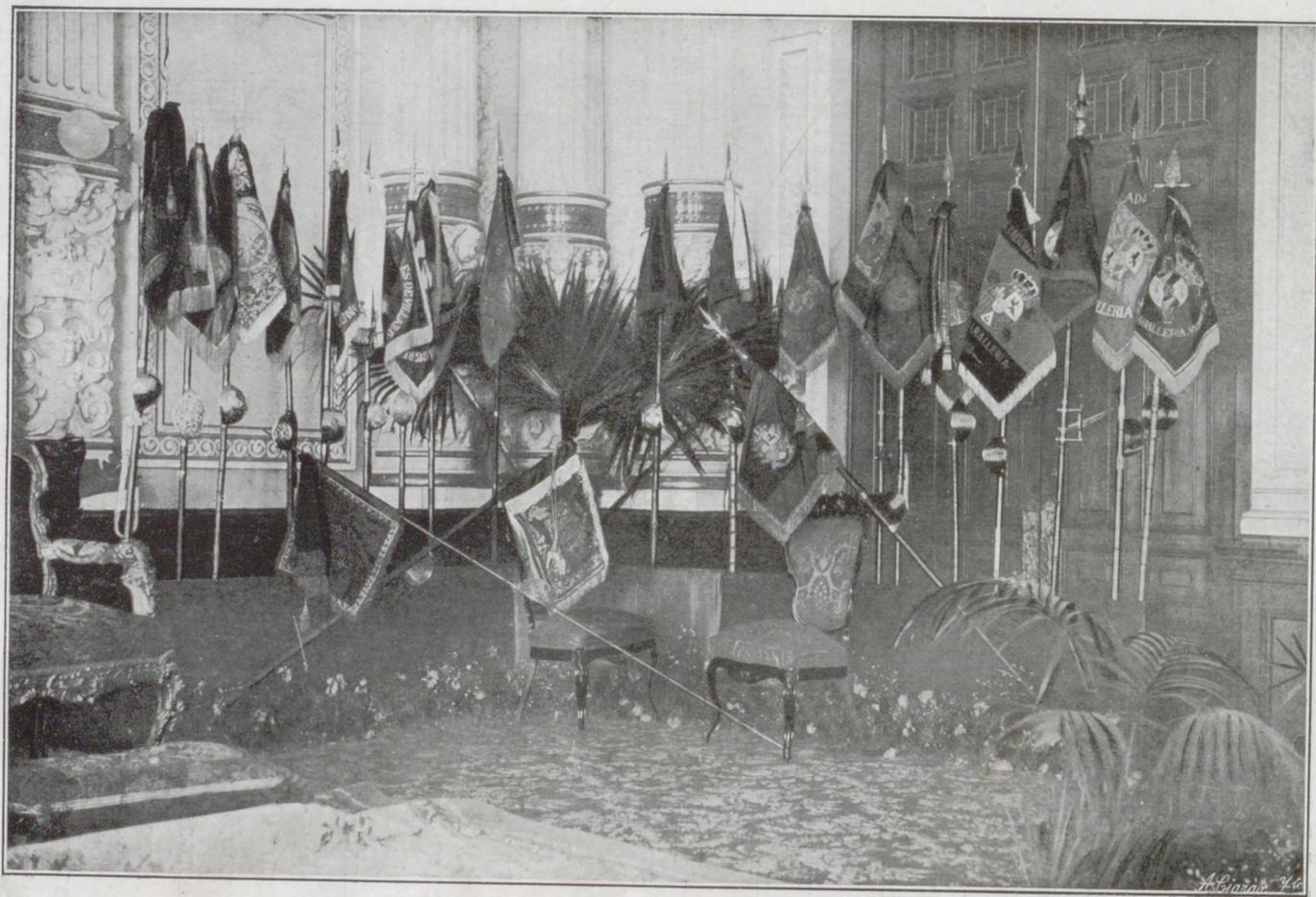
Sigue el General de la 3.^a división, la banda y el de la 1.^a brigada, con los estandartes de Alfonso XIII, al que la historia del mundo, en el capítulo España, y en su lugar preferente, le guarda el sitio inmortal, ganado en las lides de la *Paz*, cuando, arrastrado el Universo por vértigo de guerra y destrucción, supo mantenerse firme, incólume, dando a España la gran dicha de ser el único socorro y amparo de todos los desgraciados; Almansa, que nos recuerda gloriosas epopeyas, y Calatrava, que si bien es de reciente creación, rememora el retrato que del conde de Benavente hace el romancero..... «Tan sólo de Calatrava la insignia española lleva.....». Síguele la 2.^a brigada, cuyos estandartes de España y Borbón, siempre unidos, es un felicísimo presagio, y que, al acompañarles Talavera, les lleva las remembranzas de nuestro indomable carácter. Continúa la 3.^a con el de Farnesio, que nos trae el aroma embriagador de nuestras glorias de Flandes y el grandioso nombre del segundo Alejandro; el de Albuera, que los campos con su sangre riega; y el de Galicia, florido reinado de patriotismo y de amor a España.^{sb}

Cierra la marcha un escuadrón de Farnesio, cuyos jinetes manifiestan en sus rostros la emoción y la dicha que embargan sus ánimos al dar escolta a toda un Arma, a toda una Nación, a todo un Mundo.

Esa magnífica comitiva, que envidiarían los Alejandro, los Aníbal y los Césares, los Carlos y los Felipe, los Federico y los Napoleón, y que aunque todos juntos pudiesen volver a la vida y arrastrar tras ellos todo el esplendor de sus glorias, no lograrían ostentar una tan maravillosa escolta, desfila por la calle de Santiago hacia la Plaza Mayor para depositar los estandartes en el Ayuntamiento, ya que los quiere guardar la lealtad e hidalguía castellanas. Una compañía con bandera y música les rinde honores, y una sección de Farnesio les da la guardia de honor; arriba en el salón de actos, y a ambos lados de artístico dosel, donde luego se sentarán los Reyes, se van colocando los estandartes; nadie quiere ni puede hablar; no hay discursos, pues no hay palabras que puedan expresar lo que en determinados y solemnes instantes sienten las almas. El Alcalde, representante de la egregia ciudad de Valladolid, contempla un momento las gloriosas enseñas de nuestra Caballería, y, volviéndose hacia nosotros, con voz velada por la emoción, pero enérgica en el decir, lanza un *¡Viva España!*, digno compendio de tan magnífico acto.

Comienza la lluvia; el cielo vuelve a enviar la riqueza para Castilla; ya se puede pensar en el oro y en la vida, que el ideal y la esencia misma de ella están guarecidos en espléndido palacio, donde florecen los retoños de tan arraigados vergeles.

Son las dos y media de la tarde; no llueve, acantalea; los pesimistas muestran su desazón por el poco lucimiento de la fiesta; los que, como yo, tenemos fe en nuestra Arma y esperanza en nuestro Dios, le pedimos en caridad que haga un milagro, y a las tres menos diez el plumizo techo de nubes, que parece aplastarnos, se desgarras, cual frágil velo al vigoroso tirón de férrea mano, apareciendo el espléndido escenario de Valladolid con todos sus habitantes en las calles, deseosos de dar la bienvenida a sus Reyes; con las tropas cubriendo la carrera, cuyos uniformes han adquirido el tinte oscuro de la tela mojada; luce con todo su esplendor el sol de mayo, y bastan diez minutos para que, a la llegada del tren real, adquieran las galas



VALLADOLID.— Los estandartes de los regimientos del Arma en el Salón del Trono, del Ayuntamiento.

sus distintos y variados matices, y brillen, reflejando en oro y plata los fúlgidos destellos de aquel astro, que da la nota suprema de color y de alegría.

A las tres en punto, a los acordes de la Marcha Real, entra en agujas el convoy regio; es un momento de intensa emoción; el amplio andén presenta maravilloso golpe de vista; aparece en la portezuela del coche real la varonil figura de nuestro Rey, con el uniforme del regimiento de Cazadores de su nombre; saluda militarmente, con la dignidad y majestad de quien nació siendo rey y se siente orgulloso de ser español y de vestir nuestro uniforme; desciende y pasa revista a la compañía que, con bandera y música, le rinde honores. ¿Os fijaisteis vosotros en esta compañía, admirablemente presentada, que rememora, en su desfile detrás de la bandera, las glorias de nuestros viejos tercios, que no se marchitan en los tiempos nuevos?

Aparece la Reina en todo el esplendor de su belleza; se detiene un momento en el dintel, y os juro que ni Velázquez ni Murillo, ni Rafael ni Miguel Angel, soñaron nunca con una imagen como la que ante nosotros se apareció.

Desciende después la Reina Madre doña María Cristina, que quiere presenciar la fiesta como coronel honorario del regimiento de su nombre; nosotros saludamos a la Reina insigne, que fué guía y consejera de nuestro Rey, y a la cual España entera rinde el homenaje de su admiración; saludamos a la Reina y reverenciamos a la madre.

S. A. R. la Infanta doña Isabel también acude a nuestra fiesta, teniendo el hermoso rasgo de manifestar que asiste por derecho propio (a más del que le concede su realeza), por ser viuda de un coronel de Caballería, del conde de Girgenti. Dichosa y bendita el Arma que así hace sentir a la Familia Real española.

Descienden luego el Infante D. Carlos, con el uniforme del regimiento de Húsares de la Princesa, del cual es coronel honorario; los Príncipes D. Raniero, con el uniforme de capitán del mismo Cuerpo, y D. Jenaro, con el uniforme de nuestra heroica Marina de guerra,

que así se une al Ejército de tierra para marchar siempre juntos, sembrando de flores y perfumes la ancha calzada por donde correr debiera triunfalmente España.



Llegada de SS. MM. a Valladolid.

Los Reyes salen de la estación acompañados del alcalde de la ciudad, Sr. Santander.

Baja también el Infante D. Gabriel, con su uniforme de Lanceros, y, por último, los Marqueses de Carlsbrooke, hermanos de S. M. la Reina, que quieren asistir, de incógnito, a nuestra fiesta.

En medio de delirante ovación atraviesan SS. MM. y AA. la estación, y luego, en sus coches, la ciudad, hasta llegar a la Catedral, donde el Arzobispo y el Cabildo les esperan para hacer su entrada bajo palio; se entona un solemne *Te Deum*, y vuelven los Reyes a ocupar sus coches, continuando su marcha, en medio de vítores y alabanzas, hasta la Capitanía General, donde se hospedan.

En el tren real llegó también el Excmo. Sr. Ministro de la Guerra, y poco antes, en el rápido de Irún, el capitán general de ejército, jefe del Estado Mayor Central, Excmo. Sr. D. Valeriano



S. M. el Rey Don Alfonso XIII.

Weyler, Duque de Rubí, los cuales vienen a honrarnos con su presencia; así el Arma de Caballería les corresponde enviándoles su más respetuoso saludo y su proverbial adhesión.

En el mismo tren llegaron los agregados militares de Francia,



Los Reyes con la Reina Doña María Cristina y la Infanta Doña Isabel, en el balcón principal de la Capitanía general, presenciando el desfile de las tropas que cubrieron la carrera.

Italia, Portugal, Estados Unidos, Chile y República Argentina. Recibid nuestro más cariñoso y fraternal saludo, y sed testigos de que la Caballería española en la fiesta más grande que contemplaron nuestros ojos, se ha mostrado digna de su historia y de su gloria, y que, al presentarse ante vosotros con todo el maravilloso fausto de su ostentación y toda la indomable altivez de sus recuerdos, está pronta a que no se le arrebaten sus cualidades esenciales y características, dando fe de ello con las moharras de sus lanzas y los filos de sus sables.

Asomados SS. MM., AA. RR., séquito y agregados extranjeros a los balcones del piso principal de la Capitanía General, comenzó el desfile de las tropas de la guarnición y el escuadrón de alumnos: la Infantería, como siempre, marcial y garrida; la Intendencia y Sanidad, conscientes de su gran papel actual; la Artillería, con la formidable pujanza de sus poderosos elementos de guerra; la Caballería, dando, primero con el admirable desfile de sus cadetes, la sensación de la grandeza y el compañerismo, y luego, con el del brillantísimo regimiento de Farnesio, la del heroísmo y sacrificio, que van pregonando a los cuatro vientos esas banderolas que flamean en lo alto de sus lanzas, y, por último, la Guardia Civil, firme rival de extraños elementos y constante defensora de nuestras vidas y haciendas, que arrancó significados aplausos.

Después de descansar breves momentos se dirige toda la Real familia al sitio donde estuvo la antigua Academia y donde se edificará la nueva. El mismo incendio de nuestra vieja casa solariega, junto con la colocación de la primera piedra de la futura, son símbolos palpables, materiales, de los transtornos que ha sufrido nuestra Arma; cuando ésta se yergue, valiente y altiva, conservando en toda su pureza las tradiciones, la Academia permanece en pie para que vayan saliendo nuevos brotes al antiguo árbol; cuando la ráfaga de locura que asola al mundo quiere, en su fantástica carrera, cambiar las características de la Caballería, el fuego purificador la destruye para que no contemple tal desatino, y cuando ya pasado el caos se tranquilizan los espíritus, y la Caballería, a pesar de los críticos de ocasión que deducen falsas consecuencias de las mal llamadas «enseñanzas de la guerra», muestra que no puede ser cambiada su esencia, va a erguirse la nueva Academia en el mismo sitio, en el mismo solar que no le fué dable destruir al fuego.

Después de examinar los planos para la construcción de la Academia, que son un nuevo mérito para el brillantísimo cuerpo de Ingenieros militares, se sientan los Reyes y Altezas en sillones colocados bajo artístico y rico dosel, desde el cual suave rampa, transfor-



Los Reyes con su séquito dirigiéndose al solar de la Academia del Arma, para colocar la primera piedra del nuevo edificio militar.

mada en bello jardín, conduce hasta el sitio donde, pendiente de una cinta, se balancea suavemente la primera piedra que ellos van a colocar.

El ministro de la Guerra, Vizconde de Eza, de uniforme, se co-



(1852-1915)

VALLADOLID.—Vista exterior de la antigua Academia del Arma fundada en 1852, y reducida a escombros por el fuego el 27 de octubre de 1915.

loca ante el estrado, y, con gran elocuencia y mostrando en todos los momentos un gran conocimiento de nuestro Ejército en general y de la Caballería en particular, pronuncia un magnífico discurso, en



Excmo. Sr. D. RICARDO SHELLV,
teniente general y fundador del Colegio de Caballería, en Valladolid, el año 1852.

el que después de hacer un recorrido por las historias, comprobando que la Caballería siempre ha sido timbre de gloria y prez de las naciones, deduce la consecuencia de su inmutabilidad; que por olvidarlo, fatal error en que incurrieron algunos ejércitos en la pasada guerra, no pudieron recoger los lauros que en ciertas batallas ganaron; que firmemente convencido de que la Caballería perdurará mientras

perdure la Humanidad y subsistan las guerras, S. M. y su Gobierno quieren que el incendio que destruyó la antigua Academia sea tan sólo un pasajero accidente, y que pronto la nueva pueda cobijar a los caballeros alumnos, verdadero plantel de nuestra Caballería; encarece la honra que nos dispensan los Reyes, y después de dedicar un

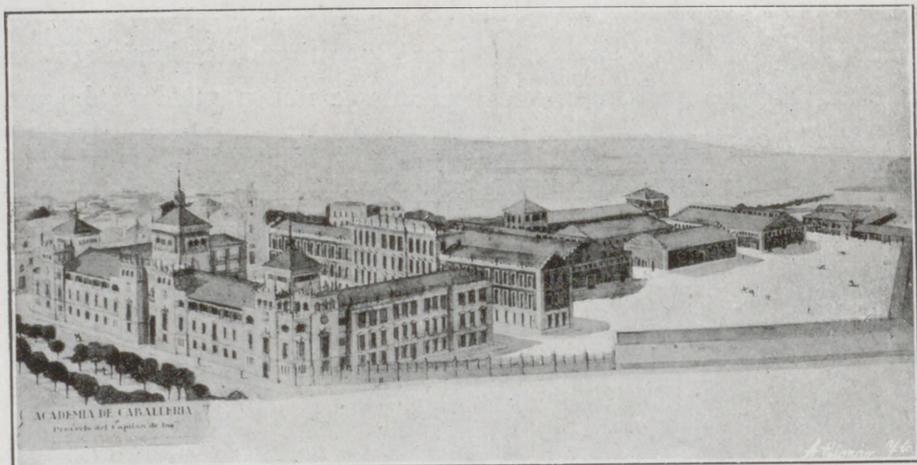


Los Reyes en el acto de la colocación de la primera piedra de la nueva Academia del Arma.

recuerdo al general Shelly, a quien el Arma está eternamente agradecida por haber sido el fundador (1852) de su Academia en Valladolid, cree que ella colocará en sitio preferente la lápida que lo conmemore.

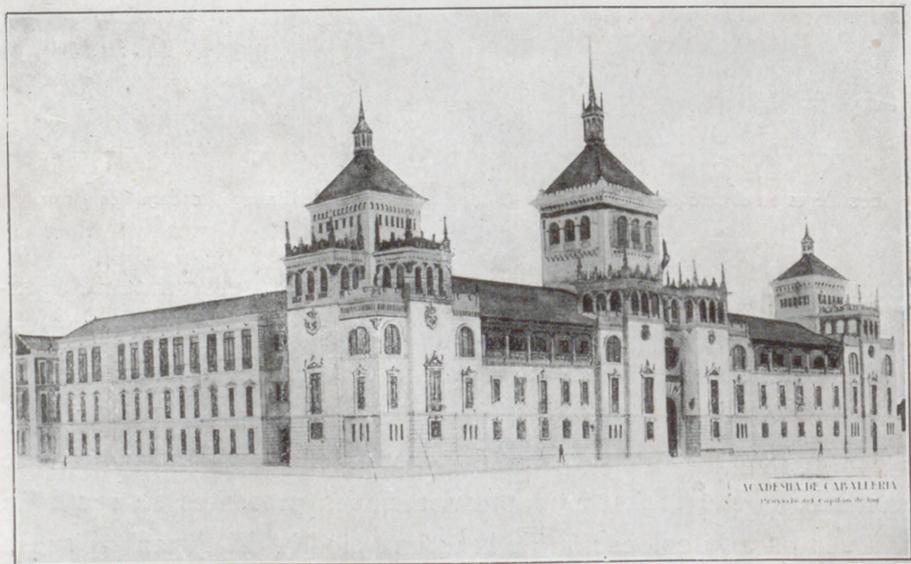
Si no comprendimos mal, nos pareció, excelentísimo señor, que prometisteis que todas las representaciones presentes se reunirían otra vez para la colocación de la última piedra. El Arma os ruega que no olvidéis vuestra promesa, pues si grande es el día de hoy, no lo será menos aquel en que volvamos a habitar el mismo solar de nuestros mayores; toda ella, congregada en esencia, se percató bien

MEMORIAL DE CABALLERÍA



Vista de conjunto.

pronto de que habéis hecho un estudio tal, que comprendéis admirablemente sus características y sus necesidades. Si algún día, en el transcurso de los tiempos y siendo nuestro más alto jefe, comprendéis.



La fachada principal.

VALLADOLID.—Proyecto de nueva Academia del Arma, por el capitán de Ingenieros D. Adolfo Pierrad.



Comisiones del Arma en el acto de la colocación de la primera piedra de la nueva Academia.

que en la órbita de la Historia hay algún obstáculo para que España siga el camino a que tiene derecho y que la Historia le señala, no dudéis un momento: lanzad la Caballería, que os promete solemnemente, en el gran día que es hoy, reverdecer sus glorias y laureles, o perecer heroicamente en la demanda.

El Comandante General de Ingenieros invita a SS. MM. y AA. a firmar el acta que acababa de leer el Comandante de Ingenieros de la Plaza, y se dirigen los Reyes a cortar la cinta que simbólicamente sujeta la piedra, después de ser bendecida por el Excmo. e ilustrísimo Sr. Arzobispo de Valladolid.

Mientras SS. MM. y AA. van a colocar la primera piedra de la que será «Casa de los Ferroviarios», nos dirigimos hacia el Ayuntamiento para asistir a la recepción popular.

En la Plaza Mayor una compañía con bandera y música está formada frente a las Casas Consistoriales para rendir honores a Sus Majestades. No sé de dónde sacan esas compañías los regimientos de Isabel II y la Victoria; lo que sí sé decir es que todas las que he visto estos días me parecen la misma, por su marcialidad, por su exquisita policía, por su inmejorable instrucción; si no fuese porque al mismo tiempo están en varios sitios, creeríase que era una sola dotada de maravillosos medios de traslación. Nuestra más cordial enhorabuena a esos brillantes regimientos, cuyas banderas gloriosas saludan y son saludadas por nuestros estandartes.

A las seis y media llega la Familia Real, en medio de estruendosa ovación, siendo recibida por el Alcalde Sr. Santander y la Corporación en pleno. Suben la amplia escalinata, entran en el salón de actos y se sientan SS. MM. en sillones colocados sobre magnífico estrado. Les rodean todos los estandartes del Arma; ¡qué gran marco para cuadro tan bello! Colócanse, por orden de etiqueta, la demás Real Familia y su séquito, y comienza la recepción popular; durante hora y media desfilan ante el trono: el Ejército, el Clero, las Corporaciones oficiales, el Comercio, la Industria, la Intelectualidad, el Trabajo, las manifestaciones todas de la vida de un gran pueblo.

El Alcalde, en un tan elocuentísimo discurso que puede, sin temor alguno, llevar la divisa de «Modelo de oratoria castellana», con voz clara y reposada, transcribe las impresiones de su alma, que son como un canto a España y a sus Reyes, a Castilla y a la Caballería española.

Dice: Que Valladolid había rendido el tributo de amor y admiración que se merecen los Reyes que aman a su Patria sobre todas las cosas; que la venida de S. M. con su augusta esposa, y por el sagrado motivo de la bendición de un estandarte y la colocación de la primera piedra de la Academia de Caballería, es más grata todavía a la ciudad de Valladolid, de la cual forma parte integrante Academia y Arma; proclama la compenetración del pueblo con el Ejército, como lo prueba la artística vitrina para guardar el nuevo estandarte, a cuya construcción han contribuido todas las clases sociales.

Recuerda a S. M. la Reina algunos de los muchos hechos y momentos gloriosos que tuvieron por escenario a esta egregia ciudad, y comparando a la Soberana de hoy, que mañana realzará su belleza vistiendo el uniforme de jinete español, con aquella Isabel la Católica, reina y soldado, termina pidiéndole que admita las flores que el pueblo de Valladolid deposita a los pies de su realeza.

La Familia Real se dirige luego a la Capitanía General, donde Su Majestad ofrece un banquete a las autoridades, y, una vez terminado, asisten a la función de gala que, en honor de los Reyes e Infantes, se celebra en el teatro de Calderón de la Barca.

Y amanece el día 5 de mayo de 1921, festividad de la Ascensión del Señor, *uno de aquellos tres días del año que relucen más que el sol*. La Iglesia Católica celebra una de las tres mayores fiestas; el Arma de Caballería va a celebrar la mayor de las suyas junto con aquélla. Día memorable en nuestros fastos; día de felicidad y de ventura; día, el más grande para todo jinete español, y a cuyo solo recuerdo correrá por nuestras venas el escalofrío de las grandes emociones. El tiempo muéstrase espléndido, que el sol de Castilla quiere alumbrar la más maravillosa de las fiestas militares, y tejer, con sus rayos de oro, el soberbio manto con que engalanarse puede.

La Avenida Central del Campo Grande presenta fastuoso aspecto: arcos, tribunas cargadas de flores, guirnaldas, que de un lado a otro enlazan simbólicas panderetas con los nombres y emblemas de los regimientos del Arma; el templete, transformado en artístico altar, adornado con tapices de la Real fábrica, y finalizándolo en lo alto gran corona Real; todo contribuye al esplendor de la fiesta.

Empiezan a llenarse las tribunas; acuden bellísimas damas ataviadas con sus mejores galas; las comisiones civiles, de etiqueta; los militares, con la polícromía de sus uniformes; los estudiantes, con la alegría y algazara de la juventud; el pueblo todo, con el ideal patriótico que siempre alienta y que exterioriza siempre que hay ocasión.

Llegan el escuadrón de Alumnos, los estandartes de los regimientos y el escuadrón de Victoria Eugenia, colocándose aquél frente al altar, los estandartes a derecha e izquierda de él, en línea, con sus ayudantes, coroneles, generales de brigada y división; el escuadrón de Victoria Eugenia se coloca a caballo, sobre el Paseo Central, después de la línea de los estandartes y con frente hacia el altar.

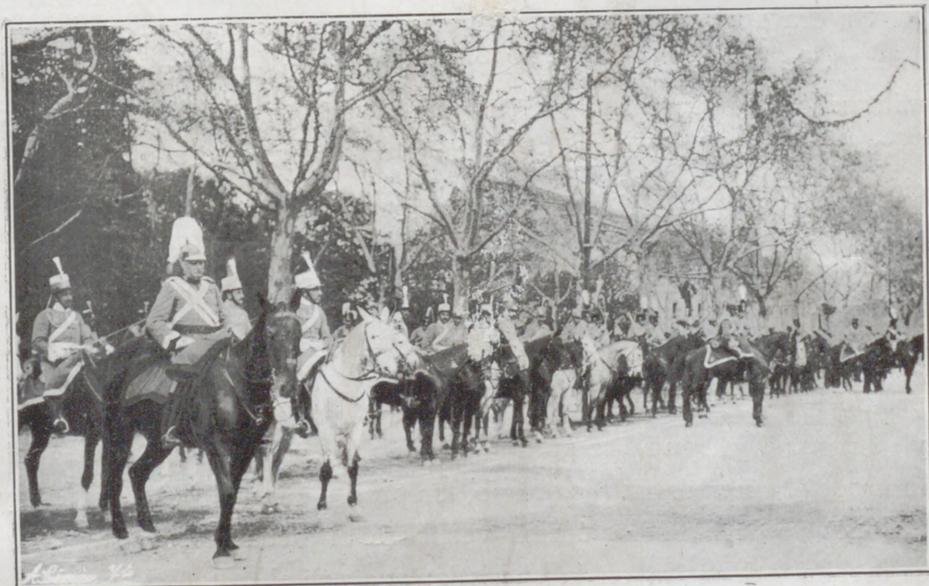
A las diez y media llegan S. M. la Reina doña María Cristina y la Infanta doña Isabel, con sus séquitos, y el Ministro de la Guerra, colocándose en la tribuna regia, emplazada a la izquierda del templete.

Momentos antes de las diez y media suenan los clarines, preséntanse las armas, saludan los estandartes, y, entre vibrantes aclamaciones, aparece S. M. el Rey, a caballo, con el uniforme de Lanceros del primer regimiento de Caballería, seguido de brillante estado mayor, formado por infantes, príncipes, generales, agregados militares extranjeros y jefes y oficiales de todas las Armas. Revista la línea y se va a situar delante de la Academia y frente al altar.

Vuelven a sonar los clarines; vuelven a presentarse las armas; vuelven a saludar los estandartes; vuelven a oírse las mismas aclamaciones, y un estremecimiento recorre todas las tribunas. ¡Compañeros que pudisteis verlo, contádselo a los que no lo vieron! Decidles



Llegada de la Academia al Campo Grande.



Línea de estandartes de los regimientos.

LA FIESTA DEL ARMA

que en maravilloso jardín, donde mágicos artistas han colocado, en armónicos coloridos, las variedades más lindas de la flora celeste, habéis visto avanzar, en fantástico carro de guerra, la figura más bella y marcial que jamás pudieron soñar los humanos; decidles que aquella celestial visión tomó para sus ojos el azul del firmamento y para su cabellera los dorados rayos del sol; decidles que sus regias vestiduras van transformándose en los más preciados colores del arco de los cielos, el azul y el rojo; decidles que el azul de su traje y el ambar de sus cabellos se funden en el nacarado admirable de su rostro, al que asoma la purísima blancura de su alma inmaculada; decidles que esa peregrina aparición se va acercando y acercando, rodeada de aureola que deslumbra y ciega a los que no tienen ojos sino para mirarla; decidles también que desde hoy, y al lado del santuario que en lo más recóndito de nuestros corazones hemos elevado a España, colocaremos sublime medallón en que Dios grabó, con imborrable trazo, la imagen de una Reina española, la de Victoria Eugenia, coronel.

Sí, era ella, que, vestida con el uniforme de coronel del regimiento de su nombre, y, gallarda, erguida en su automóvil, saluda militarmente a todas las enseñas patrias; sí, era ella, la que nuestra loca fantasía, asombrada de belleza tanta, creyó maravillosa aparición, conjunto idílico de majestuosa hermosura y de suprema bondad.

Desciende la Augusta Señora del automóvil y toma asiento en la tribuna Real, comenzando el acto de la entrega del estandarte a la Academia de Caballería.

Echan pie a tierra el alumno D. Luis Palao, número uno de la promoción de tercer año, y que como tal lleva el viejo estandarte, y el Coronel y Ayudante para acompañarlo; suben al altar, se recitan, por el Excmo. Sr. Arzobispo, las preces que la Iglesia ordena, y después de desfilar, por última vez, ante el escuadrón de alumnos, se arrolla y deposita en la sacristía; aparece el nuevo, llevado por S. A. R. el Infante D. Alfonso de Borbón, número dos de la citada promoción, y acompañado también por el Coronel y Ayudante. Su



LA FIESTA DEL ARMA. — Llegada de S. M. el Rey seguido de su Estado Mayor.



S. M. la Reina entrega el nuevo Estandarte de la Academia a su Director el coronel D. Emilio Fernández, quien contestando al bellissimo discurso pronunciado por la Soberana, contesta enalteciendo las glorias de la Caballería y reiterando su adhesión a la Patria y a los Reyes, terminando con vivas al Rey y a la Reina de España y de la hermosura.

LA FIESTA DEL ARMA

Majestad la Reina desciende de la tribuna y sube al templete, junto con el estandarte que ella regala. Con el rostro intensamente pálido, con voz temblorosa, por la emoción que embarga su ánimo, pronuncia las siguientes palabras:

«Señor Coronel: Os entrego este estandarte, que simboliza nuestra querida España, para que, después de bendecido por la Iglesia, depositen en él su juramento de fidelidad las futuras generaciones de Oficiales.

En esta ofrenda he puesto todo mi entusiasmo, mi cariño y mi corazón de madre; en él habéis de cifrar vuestras esperanzas para confortaros en los momentos difíciles de la lucha, y ser dignos continuadores de la historia de la Caballería española, Arma del sacrificio y de las grandes hazañas.

De vosotros así lo espera, alumnos de Caballería, en nombre de todas las mujeres españolas y como coronel honorario del Arma,

VUESTRA REINA.»

El Coronel Director dominando, con un esfuerzo de su voluntad, la emoción que le produce el esplendor que irradia Victoria Eugenia, coronel, empuñando el estandarte, que luego ha de preceder siempre a nuestra Academia, pronuncia estas sentidísimas palabras:

«Señora: las futuras generaciones de Oficiales sabrán corresponder al honor recibido, y, al mismo tiempo que presten el juramento de fidelidad a su estandarte, os ofrendarán, con todo el entusiasmo de sus almas juveniles, el sacrificio de su vida, y cuando al salir oficiales se distribuyan por España toda, para formar el nuevo plantel de la Caballería española, irán dando al Arma los nuevos bríos, las nuevas fuerzas, los nuevos entusiasmos que Vos le comunicáis en este memorable día, no tan sólo por la doble corona con que ceñís vuestra frente, sino también por el uniforme que tan arrogantemente vestís.

Y es justamente para rendir homenaje a su nuevo Coronel por lo que se reúne el Arma, rodeándola con sus estandartes, en inquebrantable adhesión al Trono de S. M. el Rey y a vuestra soberana hermosura, señora.»

Mientras tanto, los jefes y oficiales de la Academia que no tienen puesto a caballo están formados en ala al lado del Evangelio. Después de las bendiciones y preces de ritual, que S. M. y la Academia escuchan de rodillas, desaparece aquélla detrás de los tapices que forman el fondo del templete, y, tras los cuales, otros tapices forman la pequeña caseta donde S. M. la Reina va a montar a caballo.

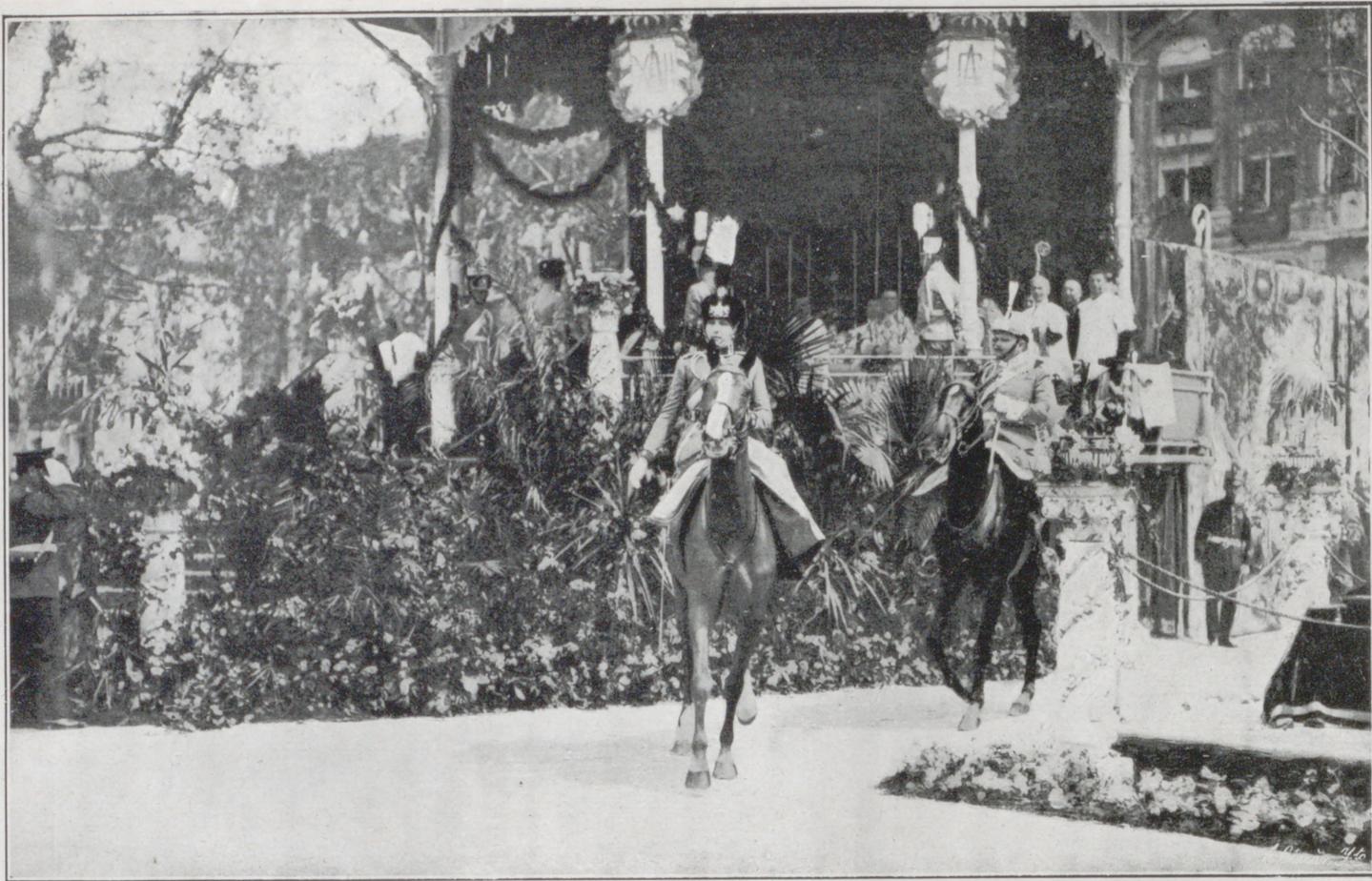
Transcurren dos o tres minutos en el silencio precursor de los grandes acontecimientos, cuando, de pronto, se destaca de los tapices egregia figura que hace lanzar una exclamación de entusiasmo a todos los presentes; luego un instante de silenciosa admiración, y, por último, el oleaje del mar, que no otra cosa puede ser tal ruido, que, rompiendo las vallas de Levante y de Poniente, del Cantábrico y del Estrecho, debe haber recorrido toda la Península para depositar a los pies de su Reina la corola de sus blancas espumas y sembrar de perlas y corales los caminos que ha de seguir. Hasta el sol se esconde entre las nubes, temeroso de que un nuevo Josué le ordene detenerse en su carrera para contemplar espectáculo de tanta belleza y colorido, que renuncio a describir.

No puedo; sería necesario estar dotado de un alma de artista; poseer una imaginación capaz de comprenderla; que todas las musas vinieran en mi ayuda, y aun así no cantarí la aparición a caballo de Victoria Eugenia, coronel.

Acompañada por el ayudante de S. M. el Rey, teniente coronel de Caballería Sr. Caro, adelántase al regimiento de su nombre, representado por un escuadrón con estandarte, escuadra y banda, cuyo Coronel le hace entrega del artístico bastón de mando que le ofrece la oficialidad del Arma, y cuya caña fué donada por los Padres Agustinos de Valladolid.



LA FIESTA DEL ARMA.—S. M. la Reina saliendo de la caseta regia donde montó a caballo.



LA FIESTA DEL ARMA.—S. M. la Reina dirigiéndose a tomar el mando de su Regimiento.



LA FIESTA DEL ARMA.—El coronel del Regimiento de Victoria Eugenia entregando a la Reina el bastón de mando, al tomar la Soberana posesión del de su Regimiento.

Su Majestad la Reina oye la misa de campaña al frente de su regimiento; los demás en sus puestos, y el nuevo estandarte en el presbiterio con la escuadra de batidores como escolta.

Terminada la misa es llevado el estandarte, con todos los honores, al lugar que en formación le corresponde, y el Coronel Director, a caballo, dirige a los alumnos la siguiente alocución:

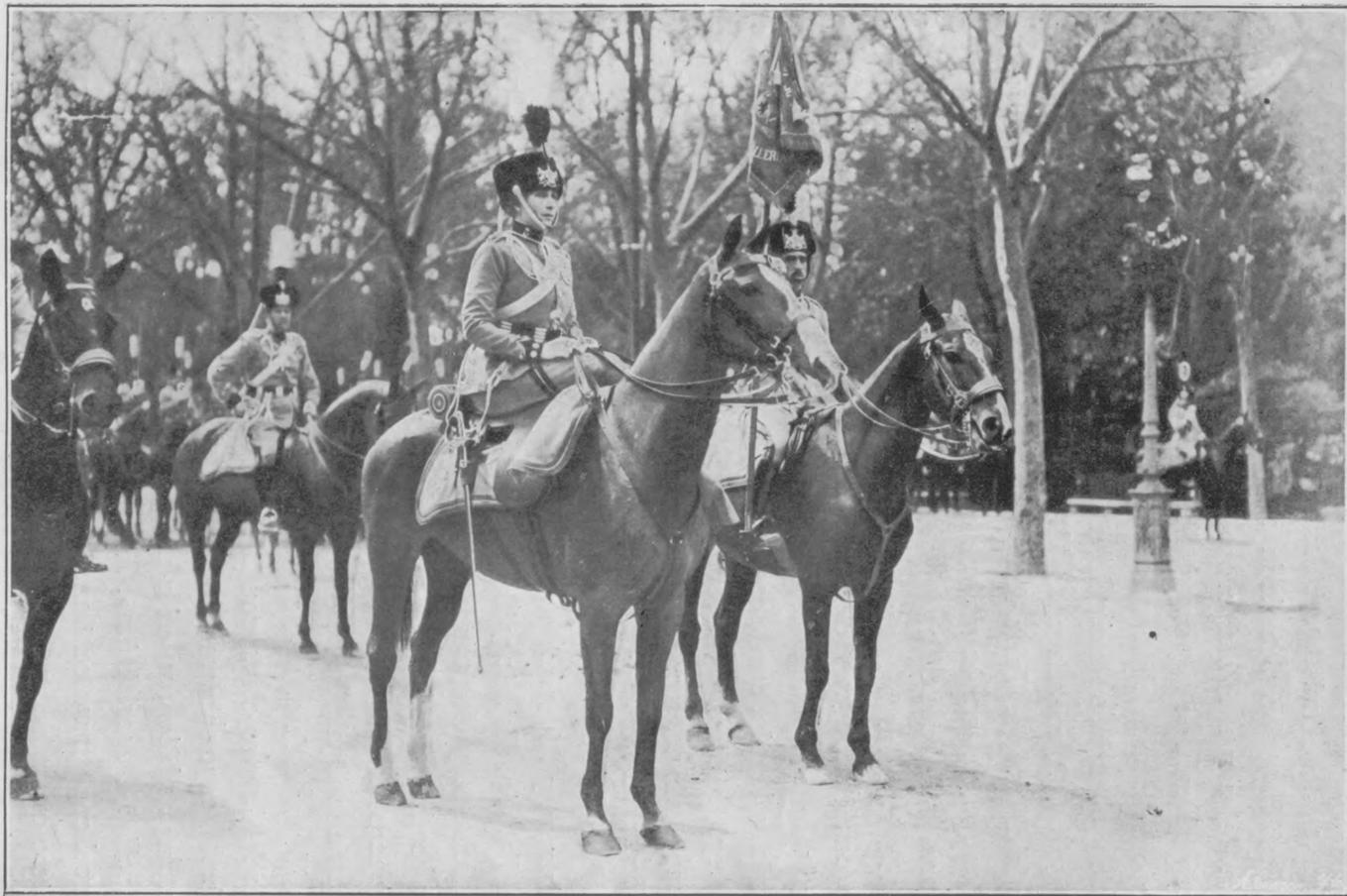
«Caballeros alumnos: Todos los que tenemos la honra de estar bajo este estandarte, que Dios Nuestro Señor se ha dignado bendecir para protegernos en todas nuestras adversidades y auxiliarnos contra los enemigos del Rey, de la Constitución y de las Leyes, estamos obligados a conservarlo y defenderlo hasta perder nuestras vidas, porque se interesa el servicio de Dios, la gloria de la Nación, el crédito del Ejército y nuestro propio honor; y en fe y señal de que así lo prometemos, carguen armas, apunten, fuego.»

Una sección de tropa de la Academia hizo la descarga de ordenanza.

Comienza el desfile ante S. M. el Rey, con el escuadrón del Regimiento de Victoria Eugenia al mando de su Reina, coronel; el azul y rojo del uniforme con el negro del *kalpak* forman digno marco para que resalte el óvalo de purísimas facciones, que parece moldeado por celeste artífice. Al llegar frente a S. M. el Rey le saluda S. M. la Reina y se coloca a su izquierda para presenciar el desfile de las demás fuerzas.

Síguele el escuadrón de alumnos con el nuevo estandarte; los colores azul y plata de sus uniformes se destacan vigorosos sobre el verdor de los jardines, y sus almas jóvenes han prometido ya, mirad con que majestad avanzan, que allá cuando sean hombres, el estandarte que hoy lleva un Infante de España, sólo podrá caer cuando caiga el último jinete.

Desfilan luego los estandartes y las representaciones de los regimientos en columna de brigadas en línea, y, cuando al pasar ante Sus



LA FIESTA DEL ARMA.—S. M. la Reina al frente del Regimiento de su augusto nombre.

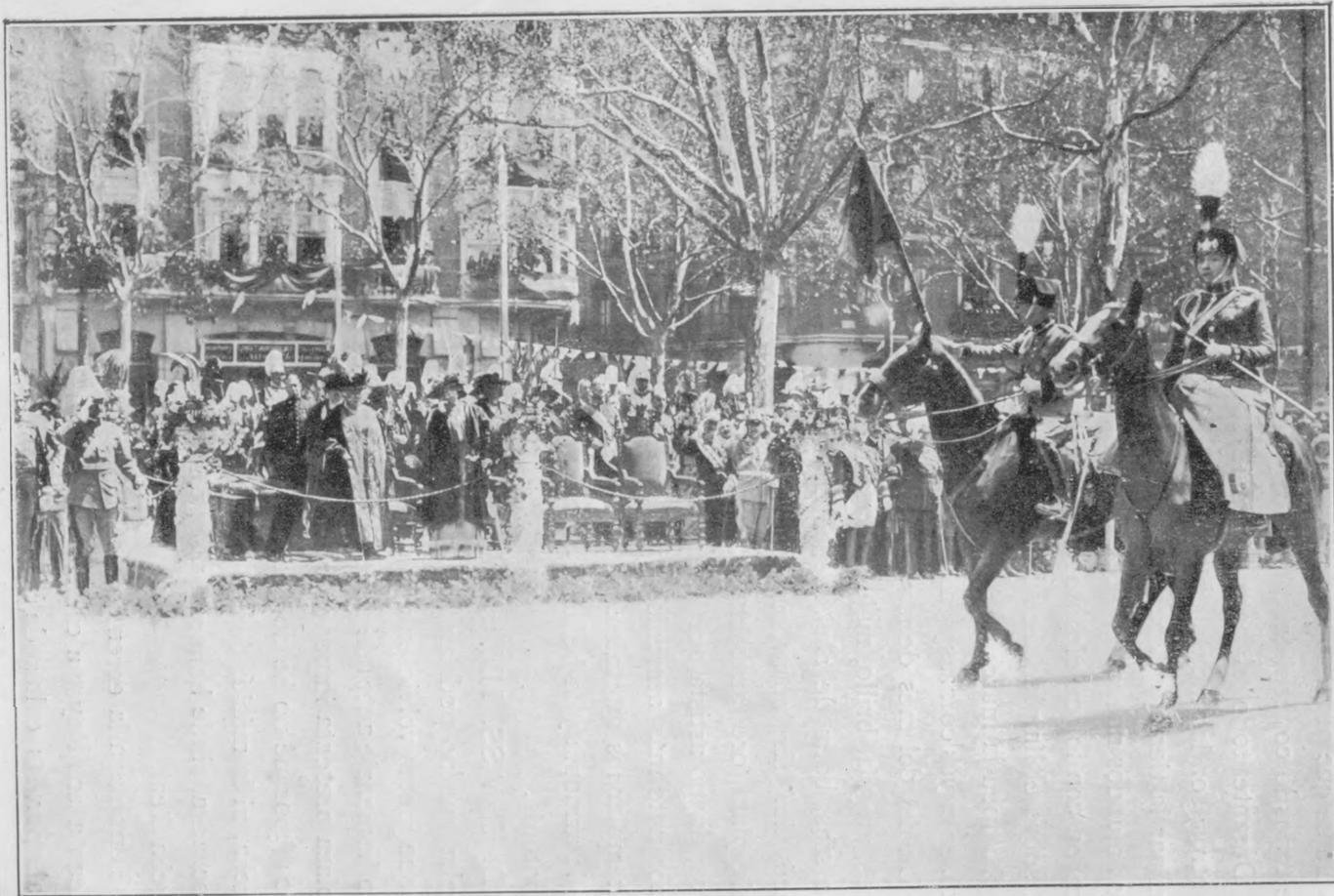
Majestades saludan con armas y estandartes, van ofreciendo a su Reina las flores más preciadas de la Caballería española.

Pasa la 1.^a brigada de la 1.^a división, mezclando el azul y rojo de la Reina y el Príncipe con el azul y blanco de Villarrobledo, y hacen ofrenda de la primera flor: el valor. Sigue la 2.^a, donde, en armónico conjunto, se suceden el blanco de la Princesa, el rojo de Pavía y el azul de María Cristina, que le ofrecen la de la intrepidez. Luego la 3.^a, con Sagunto, Villaviciosa y Alfonso XII, que le dedican la del arrojo. Valor, intrepidez y arrojo de que disteis prueba, Señora, al avanzar en vuestro corcel bajo el poderoso fuego de centenares de miradas.

Desfila la 1.^a brigada de la 2.^a división; la de los colores azul y oro, con los Dragones de Santiago, Montesa y Numancia, que le brindan la del compañerismo; continúa la 2.^a, con los contrastes de Lusitania y Tetuán, que le consagran la del sacrificio; y luego la 3.^a, con el Rey, Castillejos y Treviño, que le hacen don de la disciplina. Compañerismo, sacrificio y disciplina que demostrasteis, Augusta, al colocaros al frente del regimiento vestida con su mismo uniforme.

Pasa después la 1.^a brigada de la 3.^a división, con Alfonso XIII, Calatrava y Almansa, que le destinan la de la hidalguía; luego la 2.^a, con Borbón, España y Talavera, que le presentan la del amor a sus tradiciones, y después la 3.^a, con Farnesio, Albuera y Galicia, que le ofrendan la de la lealtad. Hidalguía, amor a las tradiciones y lealtad que acreditasteis, Reina, al desfilas al frente de los Cazadores y colocaros a la izquierda de S. M.

Y por último, avanza gallardo caballero, con uniforme azul sin mezcla de otro color, con la cabeza descubierta, jinete en magnífico caballo, cuyos arneses al mismo sol deslumbran, y llevando una banderola también azul en la moharra de su lanza con la siguiente inscripción: «Por mi Reina». Es la Caballería española que, firme en su corcel cual nuevo centauro, avanza al galope, pregonando al mundo entero que mientras ella exista estará siempre presta a poner cada vez más alto el lema de su banderola.



LA FIESTA DEL ARMA.— S. M. la Reina al frente de su Regimiento, desfilando por delante de la tribuna donde se hallaban S. M. la Reina Doña María Cristina y S. A. la Infanta Doña Isabel.

Ya sé que ninguno visteis tan espiritual jinete, pero también sé que todos lo concebisteis.

Durante todo el acto, maravillosos pájaros revolotean sobre nosotros; son las mensajeras de la Caballería que, no contenta con dominar la tierra, quiere sojuzgar el espacio para llevar triunfante a otros mundos nuevos la gloriosa divisa «Por mi Reina», que ya ellos trazaron con los caprichosos arabescos de las filigranas de sus vuelos, sobre el límpido techal del firmamento.

Rompen la marcha SS. MM. y estado mayor, y detrás la escolta Real, en cuyas corazas y cascos se quiebran y reflejan los rayos del sol.

Un día del mes de mayo; de azul purísimo el cielo; sol radiante, flores, alegría, brillo, majestad y donaire; piafar de caballos, chocar de armas, batir de alas, bélico son de guerreros clarines; cascos, chacós, *kalpaks*; lanzas, carabinas, sables; zafiros, turquesas, amatistas, rubís, plata, oro, azabache; Reyes, Infantes, Príncipes; damas, caballeros; divino artista que, combinando tan diversos elementos, forma el conjunto más armonioso y de más belleza que jamás pudieron contemplar los mortales: no os dejéis arrebatarse ninguno de ellos, que la armonía y la belleza se ocultarán bajo el triste manto de la monotonía.

Desfilan SS. MM. a caballo hacia la Plaza Mayor, y aquella escolta que no podrían llevar las grandes figuras de la Humanidad, aunque juntas volviesen a la vida, rinden a su Reina, coronel, el último homenaje antes de penetrar los estandartes en el Ayuntamiento; la plaza presenta imponente aspecto; los vivas, aclamaciones y piporos (¿porqué no he de decirlo?) no dejan oír los clarines que baten marcha, ni la música de una compañía de Infantería que, con bandera y escuadra, rinde honores y lanza al aire las vibrantes notas de la Marcha Real.

Terminada la ceremonia oficial, todos los oficiales de Caballería rodean a sus Reyes a caballo, y les acompañan a la Capitanía General, por las calles de la población, que semejan inmenso hormiguero humano, en medio de la más estruendosa ovación.



LA FIESTA DEL ARMA.—La Academia antes del desfile.



Tribuna en el Campo Grande, donde se dijo la misa y bendijo el nuevo estandarte de la Academia.

LA FIESTA DEL ARMA

A la una y media presentaba brillante aspecto el teatro de Calderón de la Barca, donde se va a celebrar el banquete que el Arma de Caballería ofrece a SS. MM. y AA. RR.

Elevada la sala al nivel del escenario y la balaustrada de los palcos bajos cubierta de tapices, con artística decoración que cierra el foro, se suceden las mesas rodeando a la mesa de honor, que en amplia plataforma se dispone en el centro, envolviendo a todas las pequeñas mesitas de la platea.

Todos los colores en múltiples y siempre bellas combinaciones, las luces que parecen multiplicarse al quebrar de sus rayos en el oro

y plata de los uniformes, el alma propicia a todos los amores, a todas las bondades; el pensamiento fijo, procurando las remembranzas hasta de los más nimios detalles de la gran fiesta.

Llegan SS. MM. y AA., y prescindo de las descripciones relativas al recibimiento y a la comida; únicamente quiero hablaros del patriótico y magnífico discurso que S. M. el Rey, el primer jinete de la Caballería española, dirige a ésta: el verbo cálido del Monarca, su varonil figura, los acentos de su alma apasionada por todo lo bello, su majestuoso accionar, su facilidad de expresión, no os los puedo representar por ser superior a mi decir; sólo os referiré, y perdiendo al escribirlo la belleza de la forma y la sublimidad del pensamiento, lo que puedo recordar de aquella oración que nos emocionó intensamente a todos.

Dice S. M. el Rey:

«Su Majestad la Reina me encarga, señores generales, jefes y oficiales de Caballería, os diga que nos reunimos hoy aquí para celebrar la grandiosa fiesta militar que hemos presenciado, abriantada con la lucidez que le prestaban, con sus variados y vistosos uniformes, los lanceros, los dragones, los húsares y los cazadores. En esta fiesta, que congrega por primera vez, después de muchos años, a todos los jinetes españoles, hemos asistido a la colocación de la primera piedra de la futura Academia de Caballería; la Reina ha hecho entrega de un nuevo estandarte a la misma Academia y ha tomado posesión del mando del regimiento de su nombre, del cual es coronel honorario.

Esta memorable fiesta que ha hecho vibrar de entusiasmo a todos nosotros y que ha unido a nuestra vibración patriótica la de la ciudad, es una afirmación grandiosa de la vitalidad de la Caballería. Por lo especial de la mundial contienda la Caballería hase visto forzada, en muchos momentos, contra su voluntad y espíritu, a una relativa pasividad, pero esto no significa que haya perdido su carácter

de acometividad; yo estoy convencido plenamente de que no lo ha perdido, de que no lo perderá, y ocasiones habrán de presentarse de demostrarlo, en los momentos más sublimes, que nunca faltarán. Yo que siempre he estado de ello firmemente convencido, y cuando por fuera, precisamente, circulaban corrientes que pretendían demostrar lo contrario, he nombrado con orgullo a las dos Reinas coroneles honorarios de los regimientos que llevan sus Augustos nombres para demostraros mi fe en vuestra perenne vida.

Si el Arma de Caballería no quiere vestir el tosco sayal del franciscano, debe vivir siempre fiel a sus tradiciones gloriosas y continuar unida a la historia de España, porque desde aquellos jinetes de las Órdenes militares que reconquistaron nuestra Península al grito de ¡Santiago y Cierra España!, hasta los que en la actualidad sostienen el honor de nuestra bandera en Africa, no en una guerra de conquista, sino de expansión civilizadora, hay una serie no interrumpida de triunfos y de hazañas que forman los anales de nuestra Caballería, unida secularmente al nombre de España.

Se han congregado en torno del nuevo estandarte y alrededor del nuevo coronel todos los estandartes de la Caballería. Por necesidades del servicio, han faltado los que menos debieron faltar; los de aquellos regimientos que, por estar en vanguardia, pelean en Marruecos. Pero la Providencia, a la que tanto tiene que agradecer España, ha permitido que rompiéndose el alambre que la sujetaba, cayese al suelo, a los pies de la Reina y de los míos, la cartela con el emblema y el nombre de Taxdir; de este modo Taxdir y las fuerzas de Africa, vienen desde las avanzadas a estar con nosotros en este memorable día.

Aquí estamos generales, jefes y oficiales de mi Caballería, y nos acompañan, presenciando con nosotros estos grandiosos actos, dignísimos Representantes de los Ejércitos extranjeros, a quienes saludo y suplico lo hagan a su vez, muy efusivamente, en nuestro nombre, a nuestros hermanos de armas, haciéndoles ver que entre los jinetes españoles reina el más elevado espíritu de camaradería, espíritu que



LA FIESTA DEL ARMA.—Los Reyes a caballo, después del desfile, dirigiéndose a la Capitanía general.

supone una inquebrantable fe en los destinos futuros del Arma, por siempre victoriosos, y decidles: que aunque la nuestra no compartió con ellos sus glorias en la pasada guerra, no por eso dejó de admirarlas; pero decidles también que la Caballería española, y precisamente por haber permanecido neutral, tiene derecho a ser oída; y que ella en este día de imperecedero recuerdo nos promete y se promete seguir la conducta que nuestros antepasados le trazaron, sosteniendo siempre, y acrecentándolo, el inestimable tesoro de sus tradiciones, sin que nuevos y fugaces trastornos hagan mella en ella.

Generales, jefes y oficiales de Caballería; jinetes españoles: ¡Viva España! ¡Viva la Caballería española!»

Habéis oído al Monarca español, en el más bello párrafo de su improvisada oración, indicarnos como por un deseo de la Divina Providencia, las fuerzas de Africa se han unido a nosotros en la inolvidable fiesta del Arma; dediquemos nuestro fraternal y más cariñoso recuerdo a aquellos entusiastas compañeros que en vanguardia, en el puesto de honor, van tejiendo las nuevas coronas, que las generaciones sucesivas podrán contemplar, con las nuevas corbatas que se anudarán en las moharras de sus estandartes; comuniquémosles que nuestro nuevo coronel, por mediación de su Augusto esposo, les envía su más efusivo saludo; digámosles que aquel fantástico jinete que todos concebisteis en el desfile va a toda rienda atravesando España, a llevarles la azulada banderola donde campea la divisa «Por mi Reina», para que, clavándola en la más alta cima, alumbre, cual inmenso fanal, los campos donde vuestra inteligencia, vuestro valor y vuestro patriotismo son firmes e indubitables generadores de las siempre legendarias proezas de la Caballería española.

* * *

Terminado el banquete dispuso S. M. se telegrafíase al Alto Comisario en Marruecos, saludando calurosamente en Su nombre

y el del Arma a todos los generales, jefes, oficiales y tropa de Africa.

* * *

Se dirigen SS. MM. y AA. RR. a visitar la casa de Cervantes y luego al Colegio de Santiago.

En éste les esperan el Presidente del Consejo de Administración, el Coronel Director, todo el Profesorado y una representación de todos los Cuerpos del Arma; los huerfanitos, formados en línea, aguardan, ilusionadísimos, la venida del rayo de sol que hoy ha de alumbrar su triste sino.

Os quiero hacer presente, queridos compañeros, la nueva y espontánea prueba de cariño que tenemos que agradecer a nuestro Rey, que acude a dulcificar, con su presencia, la orfandad de nuestros niños, aunque este acto no figuraba en el programa oficial.

Una sección del regimiento de Farnesio con estandarte les rendía honores.

Llegan SS. MM. y AA. RR. y los dos huerfanitos más pequeños entregan a las dos Reinas sendos ramos de flores, no tan bellas como las que con su presencia derraman ellas sobre sus lindas cabecitas.

Mirad: que alegría y admiración se refleja en el rostro de todos; ven venir a las Reinas rodeadas de la aureola que las asemeja a la maravillosa aparición de aquellas Vírgenes, que allá, cuando la tristeza y la pesadumbre no tenían albergue en sus moradas, sus madres les describían, meciéndoles sobre sus rodillas y acariciando sus cabellos; sus almas infantiles que no pueden comprender a Victoria Eugenia Reina, a Victoria Eugenia mujer, ni a Victoria Eugenia coronel, conciben con ese delicado sentir de la infancia a Victoria Eugenia Madre, donde culminan las más delicadas fragancias de las otras tres.

Aunque no sea sino por el consuelo y alegría que nuestros Reyes han proporcionado a nuestros huerfanitos; sí, a los nuestros, que son sangre de nuestra sangre y vida de nuestra vida, jurémosles hoy que

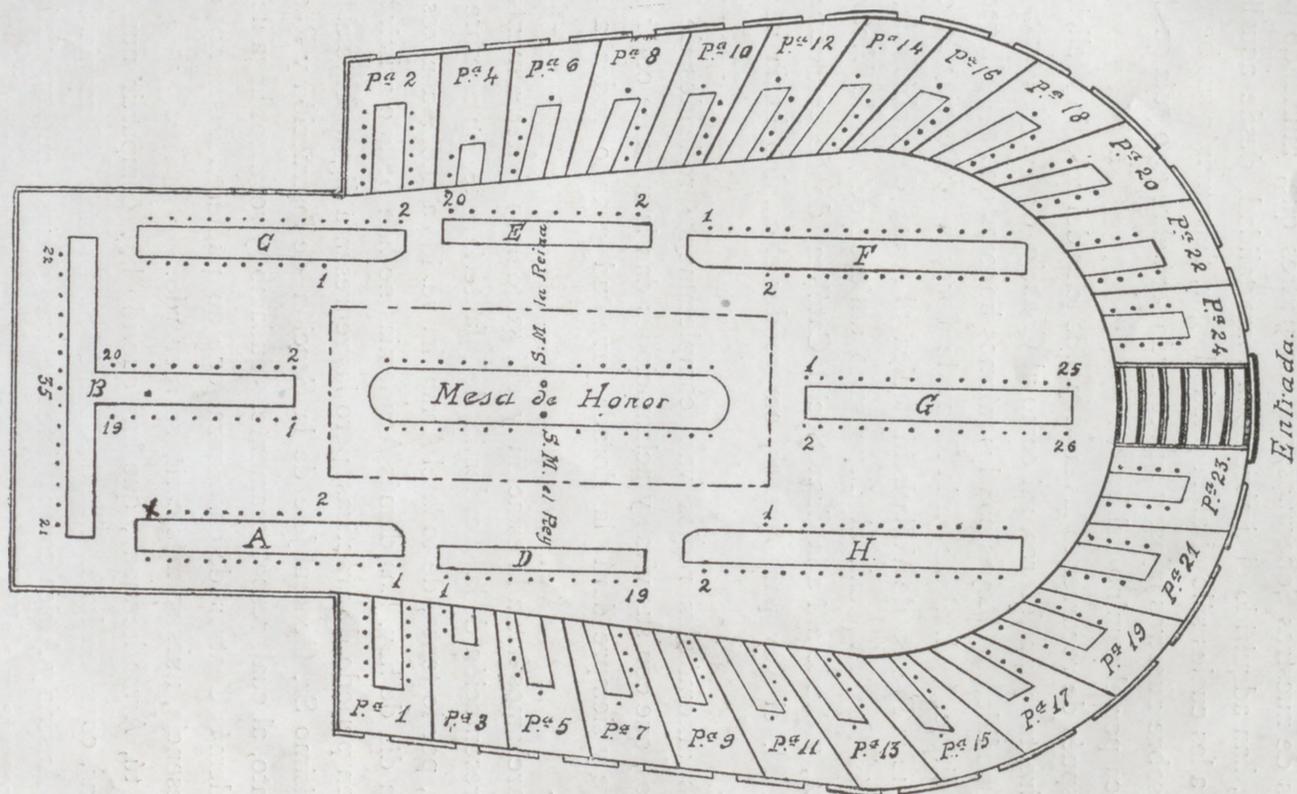


Los Reyes, después del desfile, rodeados del Alcalde con los Concejales y de todos los Jefes y Oficiales del Arma que no tenían puesto en la formación, y que dan vivas entusiastas aplaudiendo y aclamando delirantemente a los Soberanos.

LA FIESTA DEL ARMA

ARMA DE CABALLERÍA

BANQUETE EN HONOR DE SS. MM.



Escala 1 : 200.

Teatro de Calderón de la Barca: Plano general.

5 mayo 1921.

LA FIESTA DEL ARMA

los educaremos de tal manera que ellos serán el más firme sostén de los hijos de nuestros Soberanos; así, sus padres que, muriendo por España, han adquirido el timbre de la inmortalidad, desde aquellas alturas a las cuales sólo el alma puede llegar, derramarán sus bendiciones sobre nuestros hijos, y su recuerdo será el seguro guía que les conduzca por el camino del honor.

Después de recorrer todas las dependencias del colegio y felicitar a su Director y profesores, así como al Consejo de Administración, son despedidos los Reyes con los mismos honores que a la llegada.

Se dirige S. M. el Rey a la Plaza de Toros a presenciar la corrida que la Prensa de Valladolid dedica al Arma de Caballería, y la demás Familia Real, al dispensario antituberculoso de Victoria Eugenia, y desde allí a la Casa Social Católica, donde se reunirán con S. M. el Rey para, juntos, emprender el camino hacia la estación.

Los automóviles regios van completamente rodeados de los alumnos, que con sus vivas y aclamaciones dan la nota de color que siempre y siempre dará la dorada juventud cuando rodea a sus Reyes.

Marchamos hacia la estación y allí saludamos fraternalmente a la representación de la Academia de Infantería que, en nombre de ella, y, por lo tanto, de toda el Arma, ha venido a acompañarnos en el gran día de hoy. Las demás Academias no han podido asistir por estar en período de prácticas, pero las representa dignamente el Excelentísimo Sr. General Jefe de la Sección de Instrucción y Reclutamiento, al cual, respetuosamente, saludamos y rogamos haga llegar a los demás Centros de enseñanza, que no pudieron honrarnos con su presencia, nuestro más cariñoso recuerdo.

Y tú, Arma hermana, que has querido hoy compartir nuestras alegrías, como en Italia, Flandes, América, Francia, Alemania, Portugal, Austria y Africa compartiste nuestras glorias y nuestras fatigas: ten presente que allí donde se encuentren un infante y un jinete, ya sea en las cumbres del Atlas o en las fértiles llanuras del Lucus,



VALLADOLID.—S. M. la Reina Doña Victoria Eugenia, visitando el "Colegio de Santiago".

deben, en fraternal abrazo, unir la bandera de Castillejos y el estandarte de Taxdir.

Los que fraternalmente unidos a los jinetes pasearon triunfantes sus banderas por toda la Europa central, el Arma que vence en Ceriñola y Garellano, en San Quintín y Gravelinas, y que vencida en Rocroi hace exclamar al poeta «.....y me pareció más grande» ha venido a saludarnos. ¡Gloria a ella! ¡Viva la Infantería española!

* * *

Esperando en la estación la llegada de SS. MM., debí, sin darme cuenta, dejar volar mi inquieta fantasía; lo cierto es que se desarrolla ante mi la cabalgada más guerrera y caballeresca que imaginarse puede.

Veo desfilar ante mis maravillados ojos la Caballería de la Tracia y la Tesalia, los jinetes Númidas, los équites de Mario, las Turmas de César, las Taifas de Tarik, las cabalgadas de las Ordenes militares y los escuadrones del Gran Capitán, Carlos V y Duque de Alba; se esfuman ante mí cual pasajeros fantasmas, y entonces veo a lo lejos avanzar a todo el galope de sus caballos una serie no interrumpida de escuadrones y escuadrones, cuyos variados uniformes, destacándose sobre el horizonte, forman el más bello tapiz que artífice humano pudiera concebir; avanzan al son de sus clarines y en alto sus estandartes, precedidos de aquel fantástico jinete que al viento da su banderola azul y que les guía hacia donde millares de astros envían sus mágicos rayos de luz; se detienen un momento y se esparcen; aparece entonces la indescriptible figura de Victoria Eugenia, Reina, con un caballo por trono y por cetro un bastón; con un *kalpak* por corona y por regio manto severo uniforme azul y rojo; con España por estrado, un cielo de mayo por dosel, y dándole guardia de honor todos los estandartes de un Arma, todas las glorias de un pueblo, todo el maravilloso empuje de una raza. Toma del fantástico jinete la azulada banderola, y haciendo de ella treinta

y un trozos iguales, impone a todos los estandartes un gallardete azul, en el que, por arte de magos, aparece impresa la divisa «Por mi Reina». Es la corbata de Victoria Eugenia

Suena la marcha real ejecutada por la música de una compañía que, con bandera y escuadra, está en la estación para rendir honores a Ss. MM., y vuelvo a la realidad; perdonadme, si os he llevado a caballo en mi loca fantasía, y os he hecho contemplar lo que, quizás por ser tan sublimemente deseado, no podremos volver a ver.

Llegan Ss. MM. y AA. RR. a la estación; millares de personas les aclaman frenéticamente; estaba el andén al completo, pues además de las Comisiones oficiales, de todas las representaciones del Arma de Caballería y de todos los alumnos de la Academia, centenares de damas valisoletanas quieren despedir a sus Reyes; S. M. el Rey revista la compañía de Infantería, habla con su Capitán unos instantes y sube al coche regio, donde ya estaba su augusta esposa; se asoman a las ventanillas y hasta que el convoy arranca, no cesan un momento los vivas y los saludos.

Contemplé un rato los rostros de nuestros Soberanos; están alegres, contentos, satisfechos; las emociones que todos hemos experimentado, las han percibido con mayor intensidad las regias personas, pues además de sentir sus almas las gratísimas y fuertes impresiones que honda mella dejaron en todos los jinetes, han tenido que notar la que, como Reyes, les ha proporcionado el noble proceder de su leal pueblo de Valladolid.

Nunca, como ahora, puede decirse que Ss. MM. han realizado una verdadera marcha triunfal por las sendas de antiquísimo y siempre verde jardín, que limitan filas de robustos árboles, de aquellas viejas encinas que tan arraigada tienen la lealtad castellana y que a su paso se inclinan, no impulsadas por el huracán, sino por un sentimiento de amor y respeto, mientras que de los floridos rosales que en altos macizos plantó el ingenio humano, se desprenden sus más bellas rosas, para que al acariciar con sus pétalos a nuestros Sobe-

ranos les embriaguen con la aromática fragancia del sentir de las almas castellanas.

¡Oh, hidalgo pueblo de Valladolid!, que con tu conducta en estos días has demostrado poseer el más alto grado de civilización: muestra a España toda, al orbe entero, que cuando nuestra raza se entrega por completo a honrar regios huéspedes, sabe deponer todas sus rencillas y vivir en esos días toda una era de paz y de alegría.

¡Oh, pueblo de Valladolid!, que en estos días no dejaste intervenir a la Justicia en ninguno de tus asuntos; respetuoso pueblo, que nunca adelantaste la línea imaginaria que rígidos soldados, con el arma presentada, te trazaron, sin que por eso menguasen tus aclamaciones y entusiasmo; pueblo de Valladolid, que, al dar tu habla no sólo al resto de España, sino a todo un Mundo Nuevo, le diste también tu alma, diles que Castilla sigue empuñando el cetro de la hidalguía y sosteniendo la corona del amor.

¡Oh, pueblo valisoletano!, digno representante del pueblo español, del que formamos parte integrante tan íntima, que sin él no existiríamos, como él no podría vivir sin nosotros: recibe el sincero saludo que el Arma de Caballería te dirige, como ya recibiste el de SS. MM. por conducto de tu ilustre Alcalde.

* * *

Se pone en marcha el tren regio; el trepidar de la locomotora, el ruido de los coches al rodar, las sonoras notas de nuestra Marcha Real y los millares de voces que en constante pugna pretenden alzarse la una sobre la otra, forman con todas sus estridencias el himno más hermoso que los Reyes pueden oír.

Se aleja y aleja el regio convoy, y el penacho de humo, que desde la locomotora quiere escalar el cielo, se convierte, allá en las alturas, en la famosa y azulada banderola que, con el emblema «Por mi

Reina», irá acompañando a nuestros Reyes mientras España y su Caballería existan; es decir, mientras exista el Mundo.

* * *

A todas las corporaciones, entidades y particulares que en esta inolvidable fiesta nos honrasteis con vuestra presencia, os envía el Arma su más entusiasta saludo, y os manifiesta que siempre tendrá como alto honor el marchar unida a tan valiosas representaciones, para que todos, estrechamente hermanados y con el armónico conjunto de todos nuestros esfuerzos, aspiremos, como nuestro más preciado galardón, a que España avance sin detenerse y sea amoroso lazo de unión entre la vieja Europa y la nueva América, a fin de que la civilización en su constante progreso, a través de los espacios y de los tiempos, permita a nuestra Patria presenciar, iluminada con luz deslumbradora e inextinguible, la fraternal unión de sus amantes hijos de ambos mundos en abrazo estrecho y perdurable.

Y a vosotros, queridos compañeros de todas las Armas y de todos los Cuerpos, a todos los que vestís los variados y tan honrosos uniformes del Ejército español, no hago mas que repetiros aquellas famosísimas y conocidas palabras: «Las glorias del Ejército son únicas e indivisibles.»

* * *

No quiero dejar la pluma sin hacer presente al Excmo. Ayuntamiento de Valladolid y a su ilustre Alcalde presidente, D. Federico Santander, el profundo y muy sincero reconocimiento del Arma de Caballería.

Tal ha sido la eficaz ayuda que nos habéis prestado, tal vuestro anhelo por el lucimiento y esplendor de la fiesta, tal amor habéis demostrado en todos los momentos hacia nuestra Arma, que ésta os queda obligada; y como no tiene otra manera más entusiasta de demostraros su agradecimiento, sabed que desde hoy y por vuestro

espíritu de jinete, aunque no os adornéis con sus brillantes atavíos, se os considerará dentro de la gran familia de la Caballería, como un compañero más; recibid, pues, nuestro fraterno *apretón de manos*.

* * *

La gratitud del Arma de Caballería hacia sus Reyes es eterna; quién sabe si la omnipotente mano del Altísimo ha fijado ya el día en que con su sangre pueda probároslo; lo que sí puedo asegurar, Señor, Señora, es que la Caballería española, tremolando en lo alto vuestro estandarte, es capaz de ir arrancando de las garras del destino los jirones necesarios para ir formando con gloriosos nombres las páginas suficientes, a fin de que la historia de la futura España, de la España grande y fuerte que todos soñamos y en la que todos confiamos, sea escrita con caracteres de oro.

Os veo a todos, queridos compañeros, os contemplo desde lo más íntimo de mi ser y comprendo vuestro natural deseo de uniros a mi saludo: pensad un momento conmigo, sin que vuestros labios profanen el silencioso recogimiento de vuestros espíritus: *¡Gloria al Rey!*, *¡loor a la Reina!*, y esos íntimos sentimientos de vuestras almas serán más gratos a SS. MM. que el bullicioso sonar de todas nuestras voces.

Jinetes: hoy ha sido día de grandes emociones, de esas sacudidas que trastornan las naturalezas más fuertes; que troncharían cual sencillos arbustos, al soplo huracanado del vendaval, los robustos cuerpos de los titanes de la fábula; ¡cuanto no los nuestros, que no igualan a nuestras almas en temple y fortaleza!

Oficiales de Caballería, descansad orgullosos de grandeza tal (1).

EL CAPITÁN IBERO.

5 Mayo de 1921.

(1) No he querido hablaros de la organización de todos los actos y festejos, pues mi juicio podría tacharse de parcial; los que no asististeis, preguntádselo a los que vinieron, y a lo que ellos os digan, yo me atengo.



Los que creían que del Arma de Caballería se había apoderado, en parte, la indiferencia; los conjeturadores de quiméricas tibiezas y de problemáticas inercias; los pesimistas, en suma, que nos daban casi por desaparecidos, están de duelo. En las fiestas que se celebraron en la ciudad de Valladolid se mostró bien claramente que en todos nuestros pechos alienta un ideal inextinguible, y que cuando es ocasión de manifestarlo en toda su pureza, por mágico conjuro se unen pensamientos y voluntades, y la palabra maravilla precede a la de organización como consecuencia forzosa de los hechos; probado de antiguo hasta la saciedad, se ha confirmado ahora plenamente que si bien templado está el espíritu de Cuerpo, sobrepuja a él y lo domina por entero el espíritu de Arma, y cubriendo a éste y extendiéndose por el espacio hasta los confines del horizonte español, se desarrolla, con dominadora pujanza, el del amor a nuestra Patria, a nuestro Ejército y a nuestras Instituciones. Un Arma que, cual la nuestra, puede atar a las colas de sus corceles el espacio y el tiempo para domeñarles a su voluntad, y se somete ciegamente al Ideal, no puede desaparecer. Si todos nosotros, en inconsciente afán de loco suicidio, nos propusiéramos que desapareciese, veríamos resucitar, por permisión de la Divina Providencia, aquellos nuestros antepasados, que lanza en ristre volverían a luchar gloriosamente para probar, una vez más, a la faz del mundo que la Caballería existe y existirá eternamente.

Además de asistir a nuestra magna fiesta las representaciones de todos los Cuerpos y dependencias del Arma, asistieron la mayoría de los Generales procedentes de ella: Huerta, Borbón, Ampudia, Miláns del Bosch, Zabalza, Silvestre, Cavalcanti, Dulce, Uzqueta, O'Donnell, Moreno Monroy, Enciso, Aguirre, Sanz Peray, Cabanellas, Llamas, González Molina, Mercader y Funoll; pensad un momento las glorias que el sonar de esos nombres nos trae a la ima-

ginación, y bien podremos decir que la Caballería de medio siglo atrás ha estado presente y ha rememorado timbres que ensalzan y reverdecido laureles que ennoblecen.

Grandísimo número de jinetes asistieron, particularmente, a nuestras fiestas, y en la Academia del Arma se han recibido a centenares las adhesiones, de las cuales vamos a copiar muy pocas por no disponer de mayor espacio, rogando a los autores de las demás que en éstas consideren incluídas las suyas, a las cuales se les concede exactamente igual valor, ya que todas representan para los tiempos nuevos las remembranzas de los antiguos.

Del Alto Comisario de España en Marruecos:

“Los que estamos en Xauen saludamos y recordamos afectuosamente a todos los compañeros en día tan memorable.”

De la Academia de Ingenieros:

“Con motivo fiesta patriótica que celebran hoy, jefes, profesores y alumnos esta Academia se asocian y felicitan cordialmente a Academia hermana.”

De la mehallá xerifiana:

“Oficiales Caballería mehallá xerifiana nos asociamos homenaje entrega Estandarte, colocación piedra Academia; saludamos cordialmente compañeros Arma.—Sánchez Plaza, Batalla y Alonso.”

Otra:

“El número 4 de la primera promoción felicita a todos los del Arma.—Alfonso Pérez de Vargas.”

Y dejo para lo último el canto más tierno y entusiasta que se entonará a nuestra Arma, que, escrito con el alma, podría ser el más digno remate de la más grande de las fiestas, detrás del cual no quiero que mi tosca pluma trace más de un renglón, para que podáis saborearlo y gozar de su belleza:

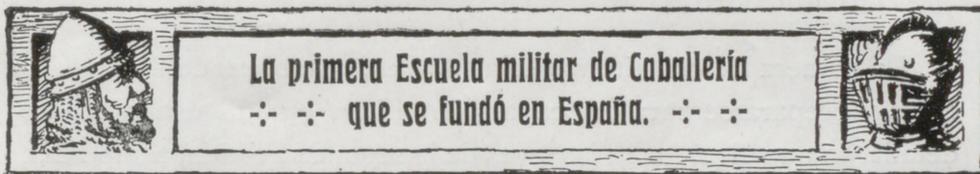
“A Valladolid, de Felanitx.

Como procedente de esa inolvidable Arma y Academia, permitidme que, con motivo solemnidad donación Estandarte, y con el cariño ciego de un buen hijo a su madre, envíe a todos la felicitación más humilde, pero la más entusiasta manifestación de mi alma, gritando desde aquí: ¡viva la Reina!, ¡viva el Rey!, ¡vivan los Generales Berenguer, Silvestre y Cavalcanti!, y ¡viva la hermosa Arma de Caballería!—Alfonso Romay, capitán de Carabineros.”

Alfonso Romay: tu antigua Arma te abraza.

MADG.





La primera Escuela militar de Caballería
✦ ✦ que se fundó en España. ✦ ✦



ENTRE la multitud de interesantes documentos que el Archivo general de Simancas atesora, tanto en el Negociado de la Guerra como en el de la Cámara de Castilla, y que el Sr. Conde de Clonard, con escrupulosidad exquisita, examinó, copió en parte y acotó para su obra espléndida *Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería españolas desde la creación del Ejército permanente hasta el día* (1851); no encontró ninguno en la parte que toca a los tiempos medios y a la reorganización comprendida desde principios del siglo XVI que hiciera relación puntual de los métodos usados en cada época para dar a los Cuerpos armados la necesaria instrucción militar, ni en detalle ni en conjunto.

El Conde de Clonard, en el capítulo III del tomo I, página 381, reconoce que el principio y fundamento de la Caballería fueron las Órdenes Militares, y a partir de tan lejana fecha, en la Edad Media, la compartió en cuatro clases: la primera, la de las mismas Órdenes Militares, generadoras del importante instituto; la segunda, la de los ricoshomes de pendón y caldera; la tercera, la de las cabalgadas de los fijosdalgo de las mesnadas de las ciudades, villas y lugares, y la cuarta, la de los propietarios, cristianos viejos, limpios de sangre, sin mezcla en la suya de los moros ni de los judíos, contra los que tomaban participación en las empresas guerreras.

La manera de constituirse estas Armas, y, sobre todo, la de educarse y prepararse para la ocupación militar, en ninguna parte se detalla, ni aun siquiera en las leyes de la segunda Partida, título XXI, consagrada a este objeto. En los mismos cuerpos de las leyes forales y municipales que los monarcas solían dar a las ciudades y villas se incluían a este propósito ordenanzas incipientes para algo de su organización, poco de su disciplina y nada de su instrucción militar.

En el capítulo XIV, tomo II, página 260, el Conde de Clonard vuelve a ocuparse de la *Reforma de la Caballería*, reconocida ya como el nervio principal de la guerra, y la parte principal de la constitución de los Ejércitos al final del siglo XV. «Desde los primeros días de su reinado, dice, los Reyes Católicos miraron en especial interés el Arma de Caballería e hicieron grandes esfuerzos para su reorganización. Antes de emprender la conquista de Granada, regularizaron los *hombres de armas y jinetes o caballos ligeros*; después de aquella conquista hicieron innovaciones de mucha importancia, tanto en su equipo como en su armamento; en cuya virtud dictaron las Ordenanzas de 1493, cuyo objeto principal fué hacer de la Caballería una institución permanente; Ordenanzas generales, que fueron confirmadas en 1496, sobre todo, en cuanto tocaba a su régimen y administración. Estas Ordenanzas estuvieron en vigor hasta julio de 1503, en cuyo tiempo se hizo una recopilación de todas las disposiciones que se habían publicado acerca de la fuerza pública, poniendo en armonía unas con otras, reformando un código más general y completo, en que la organización, la contabilidad, el gobierno interior, el servicio de compañía y otros ramos semejantes encontraron las reglas a que debía perpetuamente ajustarse» (1).

En 1508, el cardenal Ximénez de Cisneros, gobernador general de España, para conjurar los gérmenes de discordia que aparecían por todo el reino, se propuso formar y reformar un Ejército respetable, en el que apoyar la integridad del Poder, y antes de tomar

(1) Clonard, t. II, cap. XXV, pág. 515.

disposiciones ejecutivas, acudió a la consulta y dictamen de militares distinguidos y acreditados en la práctica del mando. El Conde de Clonard insertó en el tomo III, página 136 de su *Historia*, el informe del coronel Rengifo, que ya había presentado una *Memoria* semejante al rey católico D. Fernando, que se conserva en el *Archivo general de Simancas*, Negociado de Secretaría de Guerra, mar y tierra, número 1, y cuyo objeto era instituir en el centro de la Monarquía un Ejército para hacer respetar los Poderes públicos, dejando a la juventud del resto de la Península para la defensa de las costas y fronteras. Esta *Memoria* fué aprobada, en la generalidad de las ideas que contenía, en 23 de mayo de 1516, por la Cámara de Castilla, y decretada como ley del Reino, después (1). En ella se tratan todas las materias de alistamiento, organización, disciplina, contabilidad, etc.; pero ni una sola palabra de métodos y sistemas de instrucción militar.

Lo mismo se observa en los *Avisos para las cosas de la guerra*, del capitán Hernán-Pérez, otro de los consultados por el Cardenal Cisneros. En estos *Avisos* se trata del empleo y eficacia de cada Arma y de cada instituto armado, y respecto a la Caballería, todo un capítulo se dedica a exponer *De qué sirven los caballos ligeros en la guerra, o qué forma se ha de tomar para ordenar los escuadrones*: es decir, Hernán-Pérez apuraba en su consulta *táctica, administración, contabilidad, artillería, puertos, minas, ataque y defensa*, menos instrucción preliminar.

Solamente una vez, el Conde de Clonard, sin apoyarse en documento alguno, trata de algo de instrucción; después de comentar las ideas del capitán Hernán-Pérez sobre alistamiento y permanencia de los reclutas en los respectivos pueblos, los presenta «ejercitándose, dice, los domingos y los días de fiesta en el manejo de las armas y en las maniobras de ordenanza». Respecto a la Caballería, estos ejercicios se limitaban a torneos, cañas y otros juegos semejantes.

(1) *Archivo general de Simancas*. Libros generales de la Cámara, leg. 35, fol. 151.

Existe, sin embargo, un interesante documento, en el que a estos ejercicios se les da el carácter de escuela, y que, por lo tanto, ofrece la condición de poderse apellidar primera *Escuela militar de Caballería que se fundó en España*. Este documento lleva la fecha de 1572, y es una Cédula Real, con la firma de Felipe II, y refrendada por el secretario Juan Vázquez, dirigida *Al Consejo, Justicia, Caualleros, Jurados, Escuderos, Oficiales y Hombres buenos de la ziu- dad de Ronda*, en que textualmente se manda por el Rey «que luego que esta nuestra Cédula hubiéredes recibido, juntándoos en buestros Cabildos e Ayuntamiento, llamando para ello así a los presentes, como a los ausentes, que estuvieren en parte que con breuedad puedan venir, y llamando así mismo, demás de los Rexidores e personas de Cauildo, algunos otros caualleros zelosos de nuestro servicio y del bien y beneficio público y del honor e autoridad de su Estado, e así juntos, tratéis y platicuéis y confiráis sobre todo lo susodicho, especialmente en lo que toca a la institución de una Cofradía, Compañía i Orden, y de la forma y manera que esto se podrá instituir, y con qué ordenanzas, capítulos y condiciones, y debajo de qué título y nombre, y qué aparejo y disposición ay en la ziu- dad para ello; qué favor y autoridad y valor conuerná que Nós demos, y en qué de nuestra parte los podemos hacer merced y asistencia, y qué puntos y ejercicios se podrá instituir y ordenar, y en qué se les podrían de público y de los propios ayudar, y si demás de este medio de la dicha institución de Cofradía y Fiestas auía otros enderezados al dicho fin de que los Caballeros y Nobleza estén armados, encabalgados, usados y exercitados, y habiendo, sobre todo, platicado nos ynbiareis muy particular relación de lo que resulte y parezca, porque lo queremos tener de fundamento y tomar de ello muy particular cuenta para lo probeer y ordenar como convenga.»

Esta parte de la Real Cédula antedicha no basta a la justificación de lo que en ella se ha de probar aquí, sino después de algunas explicaciones que pongan de manifiesto la razón con que fué *solicitada* de Ronda y la razón por que el Poder Real, en los térmi-

nos que se ha visto, defirió inmediatamente a la solicitud que la motivaba.

Desde las últimas conquistas verificadas por los Reyes Católicos, de inmortal memoria, en el reino árabe de Granada, la población morisca que, en virtud de los pactos, no fué expulsada de la Península, y que en aquella parte de Andalucía prefirió ampararse y residir en las fragosas montañas de la Alpujarra, junto a Granada, y en el Havaral y Serranía de Ronda, junto al Estrecho, desde luego mostró su espíritu de resistencia, hilvanando sin cesar movimientos de rebeldía, que, desde el mar cercano, ayudaban los piratas turcos y argelinos, constantes agresores de nuestras costas en todas las Peninsulares del Mediterráneo.

En el tomo II, capítulo XVI, página 287, el Conde de Clonard relata minuciosamente la insurrección de los moriscos de la Alpujarra y la derrota de los cristianos en la Serranía de Ronda, tomando los textos de las *Crónicas* de aquel tiempo, y de la *Historia de la guerra de Granada, que hizo el Rey Felipe II contra los moriscos de aquel reino, sus rebeldes*, de D. Diego Hurtado de Mendoza, y de la *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada*, de Luis del Mármol Carvajal. En el levantamiento de 1501 es legendario el trágico encuentro en Sierra Bermeja, a la vista de las murallas de Ronda, de los capitanes insignes españoles D. Alonso de Aguilar, hermano de Gonzalo Fernández de Córdoba, después apellidado el Gran Capitán, y del primer general de la Artillería, Francisco Ramírez de Madrid, con él Ferí de Benastepar, y que a los nuestros les costó la vida. Así para este lance, como para los que produjo la segunda insurrección de los moros, acudieron con la gente armada de Marbella las cinco compañías de milicias que se formaron en Ronda después de la conquista, adscritas a cada una de las cinco colaciones o parroquias en que, eclesiástica y civilmente, la ciudad quedó dividida. Al frente de cada una iba un capitán de la Nobleza, que allí quedó avecindada, y que en 1569 fueron el capitán Alonso de Ahumada Mendoza y su alférez, el regidor Rodrigo

de Espinosa; el capitán D. Diego Hidalgo y su alférez Alonso Gil Gago; el capitán Gaspar Juan de Valenzuela y su alférez, el jurado Fernando de Figueroa; el capitán Alonso de Alarcón y su alférez, su hijo D. Diego, y el capitán Alonso Pérez de Villalba y su alférez Juan de Navarrete. La muerte de D. Alonso de Aguilar y de Francisco Ramírez de Madrid, en 1501, costó al entonces corregidor de Ronda y de Marbella D. Fernando Enríquez, hermano del Marqués de Tarifa, D. Pedro Afán de Rivera, ser depuesto de dicho cargo y desterrado de la ciudad. Aquella terrible derrota basta para testificar el estado incompleto de defensa que tenía la Serranía, punto estratégico tan importante sobre el Estrecho y las ciudades costeras que turcos y argelinos traían en continuo desasosiego.

La ciudad de Ronda no pudo menos, en vista de tales estragos, de acudir al Poder soberano, haciendo ver la situación en que quedaban, no sólo la Serranía, poblada de moriscos, sino las costas que ella tenía el deber de vigilar y amparar, por donde los rebeldes recibían de continuo instigaciones a la rebeldía, auxilios para sostenerla y esperanzas de recobrar su perdida independendencia. La Real cédula de Felipe II, del año 1572, textualmente dice que las disposiciones que en ella se contienen no nacieron de un *motu proprio* del Monarca ni de la insinuación de sus Consejos y Ministros, sino que «fueron pedidas por algunas personas celosas del servicio Real y del bien público», para que la Nobleza avecindada en Ronda y los caballeros de esta ciudad, cumpliendo con las obligaciones de su estado, se juntasen y constituyesen para el uso y ejercicio de las armas, y así, bien instruídos en ellas, estar dispuestos y aparejados para las ocasiones, pertrechados de caballos y de armas, y ejercitados convenientemente en su manejo para los actos militares. De esta misma solicitud, que no podía emanar sino de los que en las dos insurrecciones referidas y sus trágicas incidencias habían adquirido la convicción de la necesidad de aquella organización y educación militares prácticas que habían de engendrar un Cuerpo bien disciplinado y buenos capitanes para su mando y el de la guerra, surgió también

representar la necesidad de que la sabiduría y providencia del Poder Real propusiera y ordenara los medios de su eficaz realización, y el Poder Real, conminado por estas patrióticas instancias, tuvo el acierto de invitar a los mismos que las elevaron hasta él para fundar una institución, que, aunque de carácter esencial nobiliario, venía a constituir un Cuerpo regular militar y político, para cuya organización técnica se le imponían como escuela de educación los ejercicios continuos de las armas y del caballo en toda la extensión de su completa maestría, y cuyo conjunto de operaciones prácticas se reducía a la frecuencia de paseos y revistas militares, y a las Fiestas, Torneos y Juegos de cañas y de alcancía, que el mismo Conde de Clonard reconocía como únicos elementos de instrucción en aquellos tiempos, y en cuyas combinaciones ingeniosas se bosquejaban hasta los principios de la táctica.

Es curiosa la forma en que los caballeros de la ciudad de Ronda, después que por su Corregidor y Ayuntamiento fué recibida la Cédula Real de 1572, procedieron a su inmediata ejecución. Los libros capitulares de aquella población, día por día, detallan este proceso. En Cabildo celebrado con fecha del 22 de septiembre del año referido, el señor Corregidor dió cuenta de tan interesante documento, de que se dió lectura solemne. El señor Corregidor y Gaspar de Castroverde, regidor más antiguo de los presentes, por sí y en nombre de la ciudad, destocadas las cabezas, la tomaron en las manos, la besaron y, poniéndola sobre sus cabezas, juraron obedecerla con el acatamiento y reverencia debidos y a que estaban obligados. Respecto a su cumplimiento, dijeron que tratarían y platicarían sobre su contenido, y mandaron a Juan de Cueto, portero de dicho Cabildo, llamase a los que faltaban, entrando con este motivo Juan de Luzón, Cosme de Toro Morejón, D. Jorge de Morejón, D. Íñigo de Morejón, Juan de Mesa Altamirano, D. Gutierre de Escalante y Gregorio de Padilla. Éstos volvieron a dar lectura de la Cédula Real, y se acordó comunicarla a todos los caballeros de la ciudad, para que entre todos se resolviese lo que conviniera más al servicio de S. M.

Al día siguiente el señor Corregidor mandó asistieran al Cabildo todos los allí congregados y los restantes nobles de la ciudad que no estuvieran presentes.

En el Cabildo de dicho día, protestada de nuevo la obediencia al mandato del Rey, y procediendo a su ejecución, se mandó reparar y limpiar la carrera pública de la plaza del Pozo, y que se comprara una lanza ginetá y unos cascabeles; se señaló una casa (cuadra y picadero) para tener caballos, recoger en ella todos los de la ciudad, y no dejarlos sacar sino para las revistas y carreras de los días de fiesta, nombrando diputados para vigilar la ejecución y su custodia al regidor Juan de Valenzuela y al jurado Rodrigo de Espinosa.

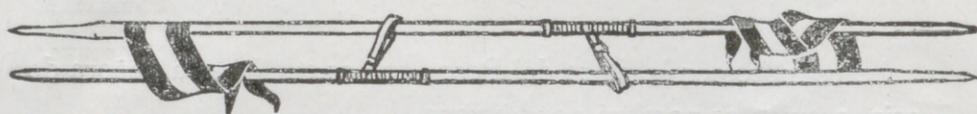
En otro Cabildo, celebrado el 25 de septiembre, el señor Corregidor mandó que se entrase en la deliberación de lo contenido en la Real cédula, y, conferido y tratado el asunto, se nombraron diputados a Alonso de Ahumada, Pedro Ponce de León, Francisco de Toro Morejón y Gaspar de Alarcón, regidores juntamente con don Gutierre de Escalante, para que extendieran el mensaje de obediencia que había de darse a la Cédula de S. M., y escrito este mensaje y leído ante la ciudad, a la que se agregó al licenciado de la Serna para revisarlo, en el Cabildo siguiente, a propuesta de D. Francisco de Ahumada, regidor, se aprobó el mensaje y su remisión al Rey, confirmando lo mismo que estaba declarado, es decir, la obediencia completa a lo mandado por S. M., al que se le manifestó de nuevo que siendo la ciudad de Ronda puerto seco, fronterizo, y que cada día le era necesario acudir con sus fuerzas a la ciudad de Marbella y a la defensa del Reino, la nueva institución de Caballería allí fundada llenaba completamente tan apremiante necesidad, para lo que, organizada en Cuerpo, su instrucción militar se completaría con las fiestas de caballos decretadas como Ordenanza en la misma Cédula, y que serían solemnes, en las del segundo día de Pascua del Espíritu Santo, en las de San Juan y San Pedro, en las Carnestolendas y Pascua de Resurrección, pasándose todos los jueves del año revista de

Caballeros mozos en la plaza del Pozo, que es en Nuestra Señora de Gracia, a quien se nombró por Patrona.

En esta forma quedó constituída la primera *Escuela Militar de Caballería* que se fundó en España, dando origen a la vez a la *Real Maestranza de Caballería de Ronda*, que desde entonces tiene su origen y aún subsiste.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO,
De la Real Academia de la Historia.





El resurgimiento de la Caballería.



ARMA de las acciones audaces y brillantes, y de los éxitos rápidos, decisivos e inesperados, la Caballería posee un pasado glorioso, que a ningún otro tiene que envidiar. Leyendo las hazañas de los jinetes que fueron, los jinetes de hoy se sienten poseídos de emulación, y arden en deseos de ilustrar las páginas de la Historia con nuevos hechos de recuerdo impeccedero que se sumen a los de ayer. Si no se aparta de sus mentes el recuerdo de tantos y tantos nombres famosos, que ilustran los anales de la guerra, vale decir, los anales de la Caballería, sus labios apenas se entrecierran para pronunciarlos, como si temieran o, por lo menos, dudaran que lo pretérito no había de repetirse en lo futuro. Poco sería menester espigar en el libro de la Historia para encontrar materia sobrada que hiciera vibrar los corazones y enardeciera los espíritus de los militares españoles, cuanto más de los jinetes. Pero en los tiempos que corremos, el culto a lo pasado sólo ha de servirnos para buscar un punto de partida, y puesto que la Caballería tiene como divisa el no mirar nunca atrás, sino adelante, tratemos de descorrer el velo que nos oculta el porvenir, y, en vez del quietismo a que se condena quien se goza contemplando lo de ayer y busca su savia en lo que pasó para no volver, mantengamos el dinamismo inseparable de todo el que dignamente ostenta los emblemas del Arma. ¿Se ha cerrado para siempre el capítulo de las glorias de la Caballería? ¿Será menester apoyarse en ellas para justificar la existencia y alta importancia que tiene y tendrá siempre?

¿Ha acontecido algo tan insólito que conmueva en sus cimientos la vida de la Caballería? ¿Ha de satisfacerse ésta con el goce, no exento de tristeza, de repasar sus viejos pergaminos, como único patrimonio que le queda?

Hoy más que nunca, cuando el Arma da inequívocas muestras de vigor y se presenta como ejemplo de unión entusiasta al servicio de la Patria, es necesario volver la página y enterrar definitivamente los errores a que dió lugar una falsa apreciación de las enseñanzas de la última guerra. Esta es la razón de que, en lugar de evocar algo de lo mucho que yace semiolvidado, nos atengamos a la realidad de los tiempos presentes. Aunque no ha sonado aún la hora de las justicias, ciertamente ha llegado ya para la Caballería, a la que se debe una reparación.

*
* * *

Continuaban todavía enrojeciéndose con sangre humana los campos de Europa, cuando del otro lado de las fronteras nos llegaban estas voces lastimeras: «La Caballería ha muerto; las nuevas armas de guerra imposibilitan la acción de la Caballería; no caben otros órganos de exploración y reconocimiento que los aviones; la Infantería montada, pase; pero la Caballería...» Ignorantes de lo que acaecía en los frentes de operaciones; agobiados por el tono dogmático con que ciertos autores, que habían «hecho la guerra», anunciaban sus doctrinas; desconcertados por la cruzada emprendida contra la Caballería, los que sometíamos todas las noticias y predicaciones al crisol del buen sentido, nos preguntábamos: «¿Es posible que un instrumento cuya antigüedad se pierde en la noche de los siglos, pueda desaparecer de pronto?; ¿por ventura, hay algo en la esencia de esa guerra que la diferencie de las anteriores?; ¿será cierto que el hombre no signifique nada, y la máquina lo sea y pueda todo?; ¿es que ya las batallas no las riñen los hombres, y se han reducido a problemas de mecánica?»

Ridículo hubiera sido poner en duda los extraordinarios y espan-

tosos efectos de los nuevos artefactos bélicos; sólo que, al mismo tiempo, recordábamos lo acontecido a raíz de la aparición de las primeras armas de fuego, cuyos proyectiles, atravesando las armaduras, pusieron término a los rasgos caballerescos del combate; pensábamos asimismo que la potencia destructora de las armas siguió siempre una progresión creciente, sin que por ello dejaran de presentarse abundantes ocasiones para la intervención de la Caballería, y, finalmente, imaginábamos, si la presencia del jinete se hacía imposible en los teatros de operaciones, ¿como podría perdurar el infante, expuesto a los mismos o quizás mayores riesgos? Raro y sorprendente era también que la Artillería de campaña utilizara la tracción de sangre, así como los trenes y la Intendencia, y no acertábamos a comprender que el único caballo excluido de los campos de batalla fuera el montado por un hombre, esto es, el gobernado directamente por el entendimiento humano. No obstante, la ola del pesimismo se embravecía más y más. Eran los tiempos en que no se hablaba más que de cañones, de muchos cañones, y fantásticos y prodigiosos calibres; aquel período en que el hombre no pintaba para nada, y en el que si no se pidió francamente la supresión también de la Infantería, fué porque acaso los seudomaestros temieron que se les preguntara: «si no hay hombres en la batalla, ¿a qué fines responderá el librarla?» Ya por entonces la Caballería había sido casi toda desmontada.

Reaccionando contra esas tendencias, que diputábamos absurdas, nuestra voz y nuestra pluma protestaban; la respuesta era siempre la misma: «la guerra actual impone nuevas modalidades al arte de combatir.» Y al argüir que ello sólo significaba que la Caballería debía evolucionar, para acomodarse a esas nuevas modalidades, se nos objetaba triunfalmente, citándonos el ejemplo de los Ejércitos beligerantes, con lo que la cuestión retornaba a las obscuridades del punto de partida. En los últimos meses de la guerra, nuevos datos pudieron ser aportados a la controversia; destacáronse palpablemente los graves yerros cometidos, y se cayó en la cuenta de que

había más materia desechable en la tremenda crisis que doctrina admisible, y, por encima de todo, que en el fondo nada nuevo había acontecido, ni mucho menos reñido con la lógica: la cosecha correspondía a la impericia del labrador.

* * *

El espejismo del frente occidental ha sido y es de temer que sea más fuerte que un siglo de propagandas equivocadas. Se sostuvo allí durante cuatro años una guerra de sitio, y hasta el más ignorante sabe que no es la Caballería el Arma más propia para los asaltos a una plaza fuerte. ¿Qué mucho que en aquel largo período, que empieza a parecernos una infernal pesadilla, fuese relegada la Caballería a un puesto secundario? Lo extraño hubiera sido lo contrario. Mas ¿a qué condujo el sacrificio de vidas humanas y la dilapidación de millones en los meses inacabables de expugnación de trincheras? A nada, absolutamente a nada. Sin el hambre y los factores morales, sin la aparición de un adalid nuevo, venido de allende los mares, la guerra proseguiría aún hoy y continuaría hasta la consumación de los siglos. Y ¿es éste el espejo en que debemos mirarnos, y el ejemplo que se nos aduce para vaticinar un triste porvenir a la Caballería? Tres mil años de guerras, ¿se compendian en que la máxima ciencia se ciñe a tomar por asalto una trinchera?

Por fortuna, del cuadro de continuas negaciones descuella una afirmación: sin maniobra, sin una combinación basada en el movimiento, no es posible rematar militarmente una campaña. Así lo entendieron e intentaron los alemanes el 21 de marzo y el 27 de mayo de 1918, y al mismo principio obedecieron los aliados el 8 de agosto, y en las ofensivas de septiembre y octubre de dicho año.

El 25 de marzo, el frente británico quedó deshecho; en Londres se esperaba de un momento a otro la noticia del desastre, y se pensaba ya en pedir la paz; Francia se tambaleaba por segunda vez. La brecha medía 40 kilómetros de anchura; hubo un momento, breves

horas, que nada pudo oponerse a la irrupción temida de las divisiones de Caballería alemana; pero... Alemania no contaba ya con Caballería; el avance fué haciéndose más lento; las últimas divisiones de Infantería de refresco se agotaron en marchas a través de aquellos campos, removidos por el huracán provocado por los hombres, mil veces peor que el desatado por las fuerzas naturales; un simple cordón, que no hubiera resistido la carga de un regimiento al galope, bastó para poner un dique a las agonizantes energías de los infantes alemanes, y ese cordón estaba formado por algunos regimientos de jinetes franceses, que conducían a la grupa a los infantes, sus hermanos de armas. En aquella ocasión, la Caballería salvó a Francia. ¿Por qué no se lanza este hecho a los cuatro vientos, y se le tiene obscurecido, punto menos que olvidado? Un misterio más que añadir a los que esperan todavía una explicación. Por no tener Caballería, los alemanes no pudieron consumir su victoria; por emplear a tiempo la escasa que les quedaba, los franceses se vieron libres de la derrota decisiva e inminente que les amenazaba.

El 27 a 30 de mayo se repite el fenómeno: todo el frente del camino de las Damas se abate como castillo de naipes. Declaran y reconocen los franceses que el 28 no tenían un solo soldado de quien echar mano para contener el alud de las divisiones enemigas, que avanzaban sin tropezar con dificultades. Pero la marcha se atemperaba a la de los infantes; tampoco había Caballería, menguaba en rapidez y en energía, y a la postre las reservas francesas cubrieron la brecha.

El desconcierto francés del 27 de mayo resplandece en el sector del Somme, el 8 de agosto, donde los alemanes son arrollados y evacuan todas sus posiciones del frente. Ahora es a los aliados a quienes falta la cooperación de la Caballería. ¡Cuántas veces habrán de lamentarse de esa deficiencia en las batallas de los meses siguientes! Torpemente han sido desmontados los jinetes; se necesitaba gente, mucha gente, para guarnecer y defender o asaltar las trincheras; nadie se hizo esta simple reflexión: las trincheras se conquistan para avanzar después, para romper el frente y desembocar

más allá: ¿qué será necesario para entrar en la guerra de movimiento antes de que el enemigo derrotado pueda restablecer su moral y sus heridas? La obsesión de la trinchera había hecho olvidar los más elementales principios de la guerra; era tan angustiosa la situación para los unos y los otros, que la preocupación del hoy no dejaba espacio a pensar en el mañana; se buscaba el éxito hoy; después... Estamos más persuadidos cada día de que nadie tenía fe en ese después; la cuestión era ir ganando tiempo.

La Artillería es la reina del fuego, y la Infantería la reina de las batallas; aquélla prepara, y la segunda, gana los combates; sólo la Caballería puede explotar el éxito, como reina que es del movimiento y la maniobra. Por eso, desde septiembre de 1914 a noviembre de 1918, se multiplican las batallas, se lucha encarnizada y porfiadamente; los dos bandos se apuntan éxitos y triunfos, pero la victoria militar no aparece por ninguna parte; no hay persecución; se carece del Arma, que, a la par, destruye moral y materialmente al vencido. Se gana o se pierde terreno, y nada más. Marte, asqueado, entrega las riendas a Mercurio, y el problema, que debió ser de inteligencia y bravura, se soluciona por una prosaica cuestión de estómago. Con Caballería pudo haberse terminado la lucha mucho antes; del desprecio inconsciente en que fué tenida aquella Arma habrá de lamentarse por muchos años aún la Humanidad entera. ¡Con cuánta pena debieran de reflexionar en estos hechos los miles de oficiales de Caballería, vertidos en los regimientos a pie, en la Artillería, en la Aviación, en los carros de asalto...! Grandes y meritísimos fueron sus servicios a la Patria, aunque nunca iguales a los que hubieran rendido a la cabeza de sus escuadrones; justo es añadir, como único rayo de pálido sol que ilumina las tinieblas de aquel período, que sin el concurso de esos oficiales, educados en la escuela de la audacia y el sacrificio, no pudieran desenvolverse algunos servicios que tomaron rápidamente poderoso incremento; con todo, el daño fué irreparable, porque a cada cual se le debe emplear en su puesto adecuado.

Aunque parecen conceptos antitéticos, la Caballería y la fortificación permanente fueron víctimas de la misma injusticia. Se abominó de las plazas fuertes para venir a parar hoy, en que a Lieja y Namur primero, a Amberes y Maubeuge después, y a Verdun y París siempre, debieron en gran parte la victoria los aliados; se repugnaba cuanto trascendía a fortificación permanente, y se cubrió con ella Francia de punta a punta; se quiso que el obstáculo pasivo lo hiciera todo, y el hombre nada, utopía no menos rara que el obstinarse en que el cañón substituyera al hombre. Así también, con la Caballería, todas las admiraciones se dirigieron hacia el avión, como si no hubieran sido los jinetes franceses quienes, avisando el cambio de dirección de von Kluck, hicieron posible la contraofensiva francesa en el Ourcq, y, por consiguiente, la primera batalla del Marne; que las divisiones de Caballería de von Marwitz evitaron una catástrofe a los alemanes en los días 8 a 12 de septiembre de 1914. Estos y otros muchos hechos no cuentan para nada; la fortificación fué en ocasiones mal empleada, luego... está demás la fortificación; la Caballería fué pésimamente empleada (1) en el primer período de la guerra, luego... la Caballería no sirve para nada. De difícil empleo es la fortificación, y de aún más difícil manejo aquella Arma. En cada caso, recaiga la culpa sobre quien no sabe valerse del instrumento que ponen en sus manos, y absuélvase y compadézcase a la víctima del error: la Caballería es un elemento esencial en los Ejércitos, pero no menos esencial es los buenos generales de Caballería, y absolutamente necesario que el Alto Mando sepa servirse de la Caballería y de la Fortificación. Y para completar la analogía, obsérvese el abnegado silencio que guardan los jinetes, como los impasibles sillares de las fortalezas, dominando sus nervios y sometiéndose a una prueba muy dura, durísima, que, por sí sola, da a comprender de lo

(1) Von Kluck, colocando a su Caballería en el ala interior, y no en la peligrosa, antes del Marne, cayó en la misma falta que, pocos días antes, Lanrezac; no es de extrañar que ambas Caballerías se agotaran estérilmente en larguísimas marchas.

que son capaces unos hombres que de este modo hacen a la Patria la máxima ofrenda: la del silencio; para que a costa de él se rediman los responsables. La paz ha de desatar las lenguas: tiempo es de que brille la verdad tal como es.

* * *

Sin Caballería los austrohúngaros en el frente italiano, sus adversarios pudieron emplear la propia con más desembarazo. La naturaleza del terreno era contraria a las tropas montadas, lo que motivó se las tuviese a retaguardia durante un largo período. En una de las batallas del Carso, un regimiento italiano intervino con tal éxito, que el Mando no se recató de lamentarse de no haber lanzado al ataque un mayor efectivo de Caballería. Acudió más tarde a reparar la brecha abierta por los imperiales en la meseta de Asiago, y se sacrificó con un heroísmo homérico al cargar a la desesperada contra los victoriosos austroalemanes, que desde Caporetto se extendían por los llanos que baña el Tagliamento. Reorganizada en parte, y mejor atendida que hasta entonces, ¿quién, sino la Caballería italiana, hizo frente a los austriacos, cuando éstos, cruzando el Piave, rompieron el frente enemigo en aquella ofensiva, contra la que se desbordó airado el caudaloso río? Tampoco este hecho, como el de los jinetes franceses en marzo, ha sido justamente loado. La desbandada austrohúngara fué tan rápida e imprevista, que en la batalla de Vittorio Veneto la Caballería italiana llegó cuando ya resonaban los últimos disparos. Lo cual no fué óbice a que, como Arma de combate, haya afirmado su reputación y ocupe un puesto tan glorioso como sus hermanas.

* * *

A la Caballería británica, cuyo nombre ya se había ilustrado antes en Mesopotamia, corresponde la decisión de la campaña de Siria,

según en estas mismas páginas se hizo constar a su debido tiempo. Los jinetes aliados precipitaron el derrumbamiento, y dieron el golpe de gracia a los búlgaros, de la misma manera que la Caballería alemana acabó de desconcertar y persiguió a los rumanos.

Ni rusos, ni alemanes ni austriacos, han descrito detalladamente, después de la guerra, las operaciones en el teatro oriental, por lo que hemos de atenernos a los relatos de la campaña. La brillante apertura de la emprendida por los austrohúngaros más allá del San, ¿no se trocó en derrota por la maniobra arrolladora y envolvente de las divisiones de Caballería rusas? ¿Con qué tropas cubrió Hindenburg su flanco exterior mientras reñía la memorable batalla de Tannenberg? ¿No pudo retirarse casi en seguida *Rennenkampf*, gracias a la superioridad de su Caballería? La presencia de las gruesas masas montadas, a las órdenes del gran Duque Nicolás, ¿ignora nadie que fué la causa principal de que el desastre ruso se aplazara y no adquiriera el carácter de hundimiento total? ¿Quiénes, mas que los jinetes de *Brussilov*, rompieron las líneas austriacas y perforaron el frente en aquella famosa ofensiva, que no tuvo pleno éxito merced a la oportuna intervención de los alemanes? Difícilmente se repasará ninguna campaña u operación de guerra en aquel teatro, sin que aparezca la Caballería ocupando el lugar que, según todos los principios clásicos, que ni esta guerra ni ninguna otra modificará, le compete de derecho. Pero... la guerra en el frente oriental, tan abundante en enseñanzas positivas, no es digna de que pongamos en ella nuestra atención: ¡la ciencia suprema, en el orden militar, se encuentra en la defensa y ataque de trincheras, en los lanzaminas, carros de asalto, bombardas, catapultas, ballestas, escudos y... hasta clavos, puñales y arietes!

* * *

En la guerra futura no se podrá llegar a la lucha de estabilización, al período de inmovilidad, sin haberse pasado antes, o, por lo

menos intentado, por la guerra de maniobra, y en todos los casos la victoria decisiva exigirá, como antes, la fase de persecución; de suerte que, en la hipótesis más desfavorable, tendrá la Caballería excelentes ocasiones de intervenir. Conviene, sin embargo, apuntar a grandes rasgos las diferencias que hay entre el período de apertura y el de cierre de la campaña.

En las operaciones iniciales, la experiencia de la última guerra corrobora en sentido positivo—frente oriental—, y en sentido negativo—frente occidental—, que en las combinaciones ofensivas y defensivas, en que toma parte todo el Ejército, no debe en modo alguno quedar sujeta, como encadenada, la Caballería a los movimientos de las unidades estratégicas; continúa siendo aplicable la doctrina napoleónica, resumen de la de otros ilustres caudillos, según la cual, las masas de Caballería, una vez lanzadas, han de gozar de gran libertad, precisamente porque la característica del Arma es no hallarse sujeta al terreno y cifrar su acción, no en la conquista de extensiones más o menos grandes, sino en el castigo del enemigo, aunque para ello sea preciso retroceder. La única modalidad que se ha acentuado—puesto que en realidad no es nueva—consiste en que la Caballería necesita poseer una potencia de fuego que le permita abordar a un adversario igual o inferior, a condición de que ese suplemento ofensivo no le reste movilidad. La Artillería y los Zapadores a caballo, los batallones ciclistas y las columnas automóviles llenan por completo la necesidad, siempre que las divisiones de Caballería sean lo principal y lo demás lo auxiliar, y que el mando recaiga en un buen jefe de Caballería. Una masa así organizada y bien dirigida, sobre todo si la apoya la Aviación, rendirá servicios incalculables; al abrirse la campaña todos los hombres son bisoños, están propensos a las consecuencias de las sorpresas y al pánico, y cabe intentar las empresas más arriesgadas.

La Infantería derrota al enemigo, pero no le destruye; sin persecución no hay destrucción, y es lamentable que se hayan copiado y perfeccionado todos los principios napoleónicos, excepto los rela-

tivos a esa persecución, a pesar de lo mucho que en ellos insistió el incomparable maestro. También en este caso la Caballería debe obrar con rapidez y por su masa, y contar con medios suficientes para barrer la resistencia de las retaguardias y núcleos improvisados del adversario. Si necesaria es la libertad de movimientos al principio de la campaña, mucho más ha de serlo en el período final. El Mando ejercerá, como antes, un influjo decisivo.

Bien que la Caballería sepa batirse a pie y domine el combate por el fuego; pero esto, que aumenta su eficiencia y ensancha el campo de su actuación, expone a que se caiga en el error de estimar que el fuego es el principal medio de acción de la Caballería, cuando acontece todo lo contrario. El volumen de fuego de una masa de Caballería puede siempre ser igualado o superado por las demás Armas, mientras que la carga, el choque, son patrimonio exclusivo del jinete. En este concepto, es más útil una Caballería que cargue oportunamente una vez, que otra empeñada constantemente en combates a pie. De aquí que deba ser una máxima esencial para la Caballería el no dar al fuego otra importancia que la de sostenerse en posición o contener al adversario hasta la llegada de las otras Armas, cuya característica es ese fuego. El olvido de este principio antes de la guerra acarreó las más funestas consecuencias a los más de los beligerantes en la pasada contienda: la famosa Caballería húngara y la excelente alemana, o no pudieron hacer frente a la rusa, mejor educada para batirse a caballo, o pospusieron su movilidad al efecto del fuego. Por ahí podría venir el descrédito de la Caballería, por el olvido de lo que es y para lo que sirve. Antes de correr en pos de lo que es circunstancial, es menester afirmarse y perfeccionarse en lo propio y esencial.

Sin insistir más, se comprende cuán desacertado es el fraccionar un Arma cuya potencia se fundamenta en la masa y la movilidad, repartiéndola en pequeños núcleos entre las divisiones de Infantería. Enhorabuena que se dote a éstas de algunos escuadrones para los reconocimientos, enlaces y pequeñas empresas, pero los más de los

regimientos tendrán mejor aplicación si se integran con ellos divisiones y Cuerpos de Caballería. A este propósito, no será inoportuna una observación a otra que se formula con harta frecuencia.

Supuesta fracasada la combinación que desenvuelve el plan de campaña, torzoso será implantar por todos los medios la estabilización del frente, y en este período, que habrá de procurarse sea largo, ¿qué papel desempeñarán las masas de Caballería? La respuesta está al alcance de cualquiera que reflexione serenamente. Una Caballería empleada con acierto en el período de maniobras, llegará fatalmente agotada y deshecha al entronizarse la trinchera; puesto que es poco necesaria para la guerra de sitio, ha de empeñársela sin avaricia para impedir—o contrarrestar este propósito—la estabilización del frente; de suerte que aparece axiomática esta verdad: una Caballería que conserva sus fuerzas y energías al iniciarse la lucha de posiciones, ha sido mal empleada. ¿A qué conduce economizar un instrumento que luego va a permanecer inactivo? Sin incurrir en el pecado de derrocharla inútilmente, sobradas ocasiones se presentarán en el período de apertura de la campaña para obtener de ella todos los frutos imaginables; bien mandada, cuanto mayor haya sido su quebranto, tanto más castigado estará el adversario.

Durante la guerra de trincheras se reorganizará la Caballería, aunque en general no será menester restablecerla a su primitivo estado de fuerza; puede ser menos numerosa. Se tendrá muy presente que es más útil un regimiento a caballo que cuatro regimientos desmontados y distribuídos detrás de los parapetos.

*
* * *

Jamás pudo imaginarse que se hiciera tanto como en los últimos años por arrebatarse al hombre el primer puesto en la guerra; de la prueba salió lo que sólo el extravío de los entendimientos se atrevió a poner en duda: las guerras las hacen los hombres, y el hombre es el único soberano, señor y dueño. Pues bien, la Caballería posee la

llave de la moral de este hombre. Contra la Artillería es fácil abrigarse; hacedero es poner obstáculos a la Infantería; una Caballería dotada de armas blancas y de fuego es la representación humana del rayo, que, si destruye lo que toca, paraliza los sentidos y atemoriza y suspende el ánimo por su formidable aparato. ¿Qué se necesita para el caso? Muchos e imprescindibles requisitos, y por encima de todo, compendiándolos y coronándolos, un gran corazón.

El acto solemne de colocar la primera piedra de la nueva Academia del Arma simboliza la nueva vida que se abre para la Caballería. El siglo XIX y los comienzos del XX marcan en la historia social la paralización de la voluntad: se estudiaba, se meditaba y se investigaba como nunca; la acción quedaba ausente o relegada a segundo término. Sobre la Ciencia, el gobierno de los hombres requiere voluntad, poder, y ¿qué otra cosa es la guerra que el gobierno de los hombres, cuando sus sentimientos, ideales y pasiones se han inflamado hasta el grado máximo?

No es únicamente una Academia un templo del saber; además de cultivarse la inteligencia, ha de educarse la voluntad, y formarse el corazón. Pues bien: sea la divisa de los jinetes, actuales y futuros, esta, breve palabra: ¡Acción!

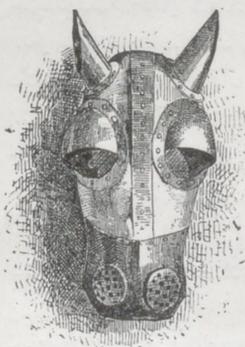
A.

4 mayo 1921.





Alfonso XI en Burgos y Alfonso XIII en Valladolid.



LA Católica Majestad de Alfonso XIII ha colocado en Valladolid, capital de Castilla y antigua del Reino, la primera piedra de lo que será Academia de Caballería; quedará el recuerdo en cuantos lo presenciaron; pero es menester que los que al Arma pertenecemos le rindamos, todos, el homenaje debido, haciendo que su memoria sea en la nuestra vínculo de por toda la vida y heredad forzosa para los descendientes.

Cuanto se diga o escriba hoy en el mundo, se ha dicho o escrito ya: no hay ideas nuevas; pero Dios, que nos dió el mayor bien haciéndonos nacer en España y descender de los romanos, que civilizaron al mundo, y de los españoles, que lo hicieron del Nuevo Continente, nos dió con ello sólo el tener que recordar sus obras, para que imitándolas, a la vez que honrarnos a nosotros mismos, enaltezcamos su memoria; y si un sabio, Tales de Mileto, dijo que las palabras son hembras y los hechos varones, pido a Dios que las mías sean prolíficas y nos induzcan a ejecutar como hombres y obrar como caballeros.

* * *

En Burgos Cabeza de Castilla, Año de 1330, "Fizo un libro el noble Rey D. Alfonso fijo del muy noble Rey. D. Ferrando é de la Reyna D." Constanza, é es de la orden de la vanda, en que cuente las cosas que deven facer los cavalleros de la vanda é de las cosas que deven guardar é puso en esta orden todos los mejores cavalleros é escuderos, mancebos de su Señorío, que entendió que cumplía para esto, é aun algunos de fuera de su Señorío que entendió

que lo merecían, é cumplía para ello é la intención por que movió á facer este libro desta orden adelante lo ayades en el prólogo deste libro más cumplidamente, é fizose en el año que se coronó é que fueron fechas las cavallerías en Burgos, de los Ricos omes, é Infanzones é Cavalleros que se y acaescieron”.

Su digno sucesor y homónimo hace y cumple como aquél, levantando sobre el solar de la antigua Academia, la nueva, donde han de enseñarse las reglas y pragmáticas que han de guardar los nuevos caballeros y mancebos, que, jurando a su estandarte y prometiendo a su Rey, las cumplirán como les corresponde.

Fizo el Rey D. Alfonso de Castilla la Orden de la Vanda, é la razón que le movió á le facer, es por que la más alta é más presciada orden que Dios en el mundo fizo, es la Cavallería é esto por muchas razones, señaladamente por dos, la primera por que la fizo Dios para defender su fé; é otro sí la segunda para defender cada uno en sus comarcas, é sus tierras é sus estados. Et si por ende todo aquel que fuera de buena ventura é se tuviera por su caballero segund su estado deve facer mucho por onorar la Cavallería é por la levar adelante.

Et por que la cosa del mundo que pertenece más á cavallero es la verdad é lealtad, é aun de la que se más paga Dios.

Et por esto fizo esta orden de la vanda, por que los cavalleros que quisieran ser en esta orden, é tomaran la vanda, que mantengan estas tres cosas más que otros caballeros; ser leales á sus Señores, é amar lealmente á aquella en quien pusieron corazón, é tenerse por cavalleros más que otros, para facer más altas cavallerías.

* * *

Desde Alfonso XI a Alfonso XIII ha pasado el tiempo, que cambia las costumbres, no los hombres; en ese intervalo se reorganizaron las Ordenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, todas con el mismo fundamento que la de la Vanda: defender la Fe, que es la Verdad; y si se anticuaron es porque nada puede librarse del precepto bíblico: “Estancarse es corromperse”.

En las aulas de este nuevo edificio que ha comenzado a levantarse se ha de enseñar a defender la verdad y “facer cavallerías”, cuales desenmascarar al hipócrita que simula la verdad, al osado y temerario que valentía, al cobarde que prudente, al hablador que sabio, que son los infieles a quienes precisa expulsar y destruir, para bien del Reino y provecho de todos; complemento

necesario que el inmortal genio de Cervantes señaló al escribir aquello de “El andar a caballo, a unos hace caballeros y a otros caballerosos”.

No puede ser traidor el hidalgo que recibe de su Rey la merced de que augustas manos pongan la primera piedra del edificio en que han de educarse sus hijos, para recibir el conocimiento, que les hará ser libres, y la virtud, que les ha de guiar, ya que el valor lo llevan en su sangre por españoles.

Y como los últimos son los primeros, termino rindiendo homenaje y pleitesía a la hermosa Soberana, que se ha hecho cargo del mando del regimiento de su nombre, que a los caballeros sólo les rinde a discreción la dama que a su belleza une la virtud de su bondad, partes que en la Noble Señora fué tan pródigo Dios, que sólo pudo mejorarla haciéndola Reina de España.

FRANCISCO DE LOS RÍOS.

Capitán de Caballería.

En el Consejo de Administración de Huérfanos de la Guerra.





UNA IDEA

NUNCA podrá borrarse de la memoria de los jinetes españoles el sublime acto celebrado en Valladolid. Nunca podrán tampoco agradecer bastante a Sus Majestades y al pueblo castellano el homenaje de que han sido objeto.

El edificio que va a levantarse, y que ha de ser cuna de futuras generaciones de oficiales de Caballería, será un vivo y constante recuerdo del honor recibido, y servirá para acrecentar, en los jinetes venideros, el amor a su pueblo y a sus Reyes.

Sólo falta, para que ese edificio sea representación y recuerdo de todas las virtudes, un tributo dedicado en él a los compañeros que han perdido la vida en el campo de batalla.

Una sencilla lápida con los nombres, en letras de oro, y con lugar para otros nuevos, lápida que habría de ser colocada en sitio por el que constantemente hubiesen de pasar los alumnos, y la asidua lectura de esos gloriosos nombres les inculcaría el deseo de que el suyo figurase también en ella.

No sólo deben estamparse en esa lápida los nombres de los que hayan procedido de la Academia, sino los de todos cuantos, vistiendo el uniforme del Arma, hayan contribuído, con el sacrificio de su vida, a dar brillantez a la historia de la Caballería.

Como sería imposible, no ya estampar, sino recoger, los nombres de todos los soldados y clases de tropa muertos en el campo de batalla, bastaría con un recuerdo para todos los de esta clase, expresando sólo los nombres de los que hubiesen realizado un hecho sobresaliente y, por lo tanto, deban ser conocidos.

Lanzada está la idea. ¿Será merecedora de convertirse en realidad?

E. G. DE V.

Burgos, mayo 1921.





Colegio de Santiago.

CON ocasión de la grandiosa e inolvidable fiesta del Arma celebrada en la antigua capital castellana, casa solariega de los Jinetes españoles, a la que asistieron todos los coroneles de los Regimientos de la Península, celebró el Colegio su Junta general el día 4 de mayo, en el local del mismo.

En aquella reunión se manifestó, una vez más, el elevadísimo espíritu de unión y de fraternal compañerismo que une a todos en el sentimiento de la bendita Caridad, poniéndose, a la vez, de relieve el vivísimo y cariñoso interés que a todos inspira el porvenir de nuestros queridos huérfanos.

Aprobáronse, por unanimidad, todas las proposiciones presentadas por el Consejo de Administración, a cuya meritísima y constante labor fueron unánimemente dedicadas efusivas y muy halagadoras frases de aliento, de confianza y de satisfacción.

En nuestra CRÓNICA de Valladolid, en este mismo número, nos referimos a la visita que SS. MM. Don Alfonso, Doña Victoria Eugenia y Doña María Cristina, con SS. AA. los Infantes Don Carlos, Don Alfonso y Don Gabriel, se dignaron hacer al Colegio, del que salieron en extremo satisfechos, elogiando todos los servicios, y felicitando calurosamente al Excmo. Sr. General Presidente del Consejo de Administración y al coronel Director por sus acertadísimas gestiones al frente del benéfico Establecimiento.

* * *

